

Capítulo IV

ESTRUCTURAS FAMILIARES, TRABAJO DOMÉSTICO Y BIENESTAR EN AMÉRICA LATINA

Introducción

La familia no es una institución aislada. Los hogares y las organizaciones familiares están ligados al mercado de trabajo y a la organización de redes sociales, por lo que las tasas de fecundidad y de divorcio o los procesos de envejecimiento son parte de procesos sociales, económicos y culturales más amplios, que están también sujetos a las políticas públicas. Como institución social básica, la familia no puede estar ajena a los valores culturales y a los procesos políticos de cada momento o período histórico (Jelin, 2004).

En América Latina las familias sirven de apoyo social y de protección frente a las crisis económicas, el desempleo, la enfermedad y la muerte de alguno de sus miembros. La familia, como capital social, es un recurso estratégico de gran valor, puesto que la limitada cobertura social en algunos países de la región, respecto del trabajo, la salud y la seguridad social, transforma a la familia en la única institución de protección social frente al desempleo, la enfermedad, la migración y otros eventos traumáticos.

Por otra parte, los nuevos enfoques relacionados con políticas sociales transversales e integrales y los programas de superación de la pobreza se centran en las familias. Debido a esta nueva perspectiva, es imprescindible conocer de manera más actualizada las nuevas estructuras y la diversidad de situaciones en el ámbito familiar que hacen necesarios puntos de vista diferenciados en lo relativo a las políticas públicas.

En el décimo aniversario de la proclamación del Año Internacional de la Familia de Naciones Unidas, se presenta en este capítulo un diagnóstico de la situación de las familias en la región latinoamericana que toma en cuenta los cambios ocurridos a partir de los años noventa. Sobre la base de la información comparada proveniente de las encuestas de hogares de las zonas urbanas de 16 países, realizadas en el período 1990-2002, se actualiza el diagnóstico de la situación de las familias en la región latinoamericana en cuanto a su estructura y su relación con el bienestar.

En la primera sección se analizan las relaciones que vinculan a algunos tipos de hogares y familias con las dimensiones demográficas y económicas, y se examinan las estructuras familiares por tipo y etapas del ciclo de vida familiar. Se muestran los cambios ocurridos en las familias durante el período comprendido entre 1990 y 2002, y se hace hincapié en los cambios de las familias nucleares, que son predominantes en la región latinoamericana. En la segunda sección se analiza el bienestar de las familias, y se toma en cuenta la incidencia de la pobreza y la indigencia, la distribución de los hogares en los quintiles de ingreso seleccionados, el número de aportantes económicos al hogar, la cantidad de adultos mayores y dependientes en los hogares. En la tercera sección se analizan especialmente las relaciones entre el trabajo doméstico y el trabajo en el mercado laboral y su distribución por género, sobre la base de la información de encuestas de uso de tiempo en algunos países de la región. En la última sección, considerando los cambios en las familias por la incorporación creciente de las mujeres al mercado laboral, se sugieren algunas políticas de conciliación entre la vida laboral y familiar, diseñadas

para equilibrar el trabajo doméstico y el trabajo remunerado fuera del hogar realizado por la población femenina y masculina.

A. EVOLUCIÓN DE LAS DIVERSAS ESTRUCTURAS FAMILIARES POR TIPO DE HOGAR Y ETAPA DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR

Las familias latinoamericanas urbanas muestran una creciente heterogeneidad que se relaciona con la diversidad en las etapas de transición demográfica y con los distintos niveles de desarrollo en que se encuentran los países. En algo más de una década han aumentado notablemente los hogares unipersonales y los de jefatura femenina, y han disminuido las familias nucleares y las biparentales. Puede afirmarse que aun cuando la familia nuclear es la predominante, el modelo tradicional de familia con padre proveedor, madre ama de casa e hijos ya no corresponde a la mayoría de los hogares y familias en América Latina, puesto que sólo se encuentra en un 36% de los hogares. Asimismo, se observa un aumento en la cantidad de familias en la etapa del ciclo de vida familiar de salida de los hijos del hogar y de las familias mayores sin hijos. Hacia el 2002, las familias se concentraban en las etapas de expansión y consolidación, es decir, cuando ya no se tienen más hijos y los mayores permanecen en el hogar.

1. Relaciones entre los tipos de hogares y las dimensiones económicas y demográficas

Se estima que la organización de la familia responde principalmente a las dimensiones económicas y demográficas de los países. En esta sección se examinan someramente algunas posibles relaciones entre los tipos de hogares, las etapas del ciclo de vida familiar, la transición demográfica y el nivel de producto económico de los países.

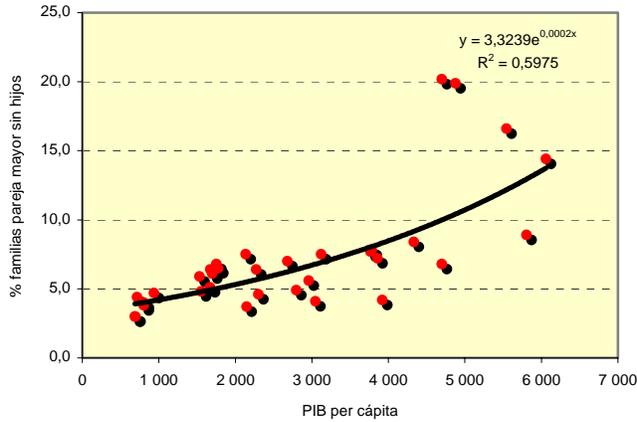
Se supone que en países en etapa de transición demográfica avanzada se encontrará una mayor proporción de familias nucleares constituidas por parejas mayores sin hijos, y que habrá un mayor número de hogares unipersonales, correspondientes a personas de mayor edad y a jóvenes con autonomía económica, en tanto que en los países en etapa de transición demográfica incipiente predominarán las familias con hijos pequeños.

Asimismo, se estima que en países con menor nivel de desarrollo económico aumenta la proporción de familias nucleares monoparentales, y de familias extensas y compuestas, ligadas a procesos de abandono y empobrecimiento, si bien los procesos que estructuran a las familias no son lineales y obedecen a una multiplicidad de factores, no sólo de tipo económico y demográfico, sino también cultural e institucional. A ello se suman las políticas existentes que afectan la conformación de las familias.

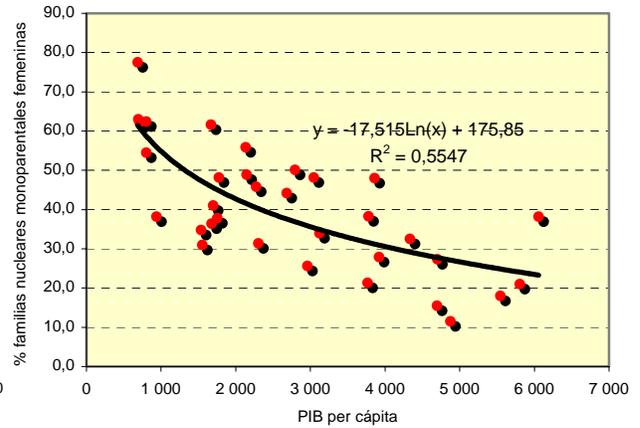
En los gráficos que se presentan a continuación, se muestran algunas estrechas regresiones entre procesos demográficos medidos como tasa de crecimiento media de la población y tipos de familias que reflejan procesos de mayor modernidad, parejas mayores sin hijos y hogares unipersonales. De manera que los países en etapas de transición demográfica más avanzadas, es decir, con tasas medias de crecimiento menores de la población, muestran una mayor proporción de hogares unipersonales y de familias de parejas mayores sin hijos (véase el gráfico IV.1). Las relaciones halladas entre tipo de familia y nivel del PIB per cápita de los países son menos estrechas, sin embargo, existe una relación inversa entre familias monoparentales de jefatura femenina y nivel del producto per cápita y una relación directa entre producto per cápita y porcentaje de familias mayores sin hijos (véase el gráfico IV.1).

Gráfico IV.1
**AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): RELACIONES ENTRE EL PIB PER CÁPITA, LA TASA DE
 CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN MEDIA ANUAL 1995-2000 Y LOS DISTINTOS
 TIPOS DE HOGARES Y FAMILIAS 1990-2002**

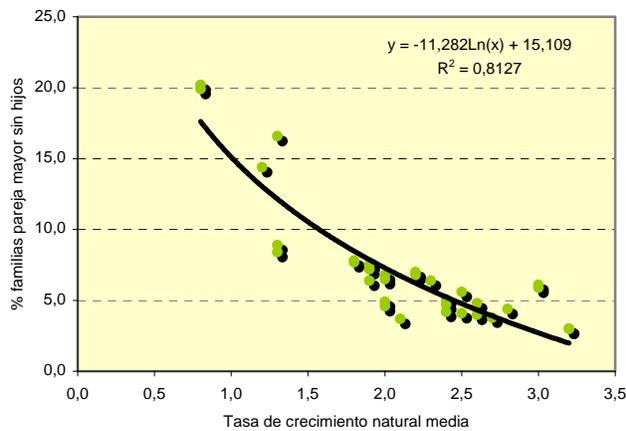
RELACIÓN ENTRE EL PIB PER CÁPITA Y PORCENTAJE DE FAMILIAS
 EN ETAPA DE PAREJA MAYOR SIN HIJOS
 (Regresión exponencial)



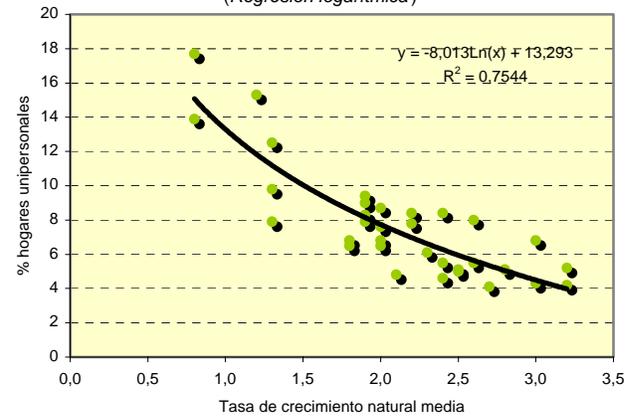
RELACIÓN ENTRE EL PIB PER CÁPITA Y PORCENTAJE DE
 FAMILIAS NUCLEARES MONOPARENTALES FEMENINAS
 (Regresión logarítmica)



RELACIÓN ENTRE TASA DE CRECIMIENTO NATURAL MEDIA Y PORCENTAJE
 DE FAMILIAS EN ETAPA DE PAREJA MAYOR SIN HIJOS
 (Regresión logarítmica)



RELACIÓN ENTRE TASA DE CRECIMIENTO NATURAL MEDIA Y
 PORCENTAJE DE HOGARES UNIPERSONALES
 (Regresión logarítmica)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países, cifras oficiales y estimaciones del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL.

Nota: La tasa de crecimiento natural media de la población entre 1995 y 2000 es una aproximación a las etapas de transición demográfica de los países. De esta forma, las tasas menores representan etapas de la transición demográficas más avanzadas.

2. Evolución de las familias según los tipos de hogares

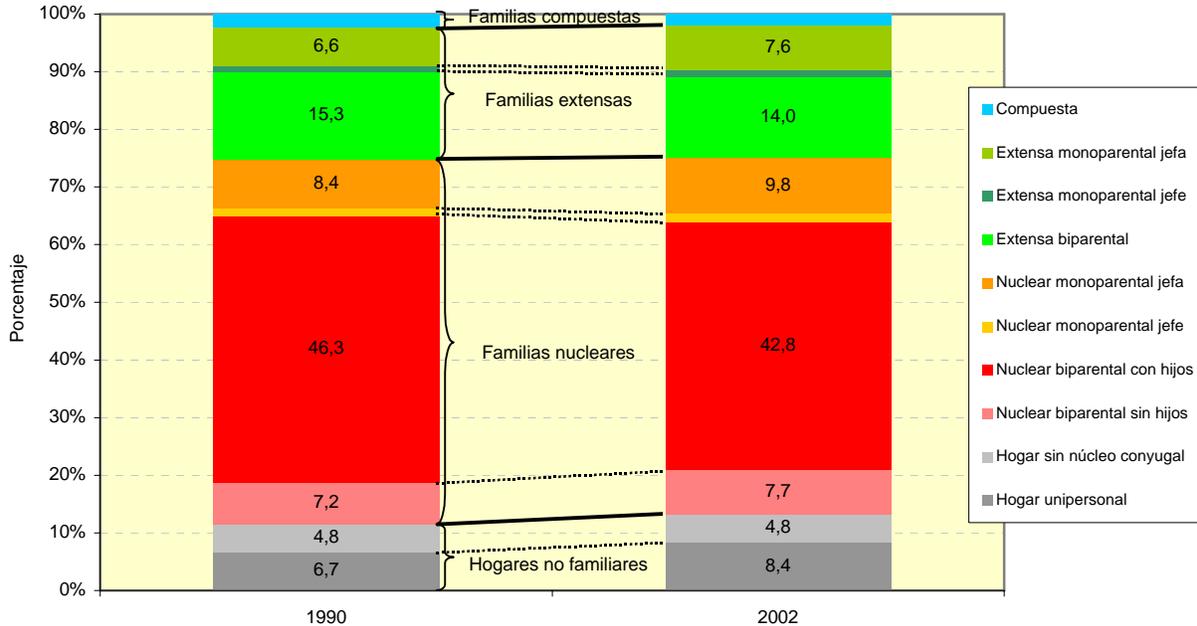
La región latinoamericana presenta una diversidad de situaciones en relación con el tipo de hogares y familias existentes (véase el recuadro IV.1). La distribución de hogares según la estructura de las relaciones de parentesco muestra, además, cambios en el período comprendido entre 1990 y 2002. En ese lapso las familias nucleares continuaron siendo predominantes, pero su porcentaje se redujo del 63,1% al 61,9%, debido principalmente al aumento de los hogares no familiares y, dentro de ellos, de los hogares unipersonales, que en promedio aumentaron en la región del 6,4% al 8,4%.¹ En el año 2002 las familias nucleares variaban entre el 53% de hogares y familias en Nicaragua y el 71% en México y Bolivia (véanse el gráfico IV.2 y el cuadro IV.1 del anexo). Asimismo, la disminución observada en las familias nucleares biparentales con hijos se explica, en parte, por su transformación en familias monoparentales con hijos, de jefatura masculina, pero, principalmente, de jefatura femenina. Las familias extendidas mantienen su proporción en el período, con gran variabilidad entre países. Hacia el 2002 ascendían al 13,5% en Argentina y al 36% en Nicaragua. Las familias compuestas constituían en el 2002 una pequeña proporción de las familias y variaban entre el 3,9% en República Dominicana y el 0,4% en Argentina.

La tendencia más notable es el aumento de los hogares monoparentales femeninos, un fenómeno ampliamente analizado en la región latinoamericana (CEPAL, 1995, 2003a), que se relaciona, desde una perspectiva demográfica, con el aumento de la soltería, de las separaciones y divorcios, de las migraciones y de la esperanza de vida. Desde una perspectiva socioeconómica y cultural, obedece a la creciente participación económica de las mujeres, lo que les permite obtener la independencia económica y la autonomía social para constituir o continuar en hogares sin parejas. El aumento de la monoparentalidad se aprecia tanto en las familias nucleares como en las extendidas. En el 2002, alrededor de un quinto de las familias nucleares y más de un tercio de las familias extendidas eran de jefatura femenina. La mayor cantidad de familias nucleares con jefatura femenina se encuentra en Bolivia, Costa Rica, Colombia, Honduras, Panamá y República Dominicana (véanse el gráfico IV.2 y el cuadro IV.1 del anexo).

El aumento de los hogares no familiares en el período se explica por el aumento de casi dos puntos porcentuales, casi el doble en términos absolutos, de los hogares unipersonales y da cuenta de un nuevo fenómeno en la región, el aumento de las personas que viven solas y que son adultos mayores o jóvenes con recursos económicos que deciden postergar sus uniones. Los hogares unipersonales comprenden alrededor de 7 millones y medio de personas en las zonas urbanas de América Latina. Argentina y Uruguay, muestran la proporción más alta de hogares unipersonales, con cifras de alrededor del 13% y 14%, respectivamente. Los jóvenes que viven solos podrían corresponder a una expresión moderna, individualista y afluente de un modo de vida propio de la modernidad tardía.

¹ Los promedios para América Latina utilizados corresponden en todos los casos al promedio simple de 16 países en 1990 y de 18 países en el 2002.

Gráfico IV.2
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): CAMBIOS EN LOS TIPOS DE HOGARES Y EN LAS FAMILIAS, ZONAS URBANAS, 1990-2002^a
 (En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

Recuadro IV.1

TIPOS DE HOGARES Y FAMILIAS CONSTRUIDOS A PARTIR DE ENCUESTAS DE HOGARES

A partir de la información registrada en las encuestas de hogares y según la estructura de parentesco de sus miembros y de quién se declara jefe del hogar, los tipos de hogar que se distinguen en este capítulo son los siguientes:

- *Hogares unipersonales*: una sola persona
- *Hogares sin núcleo*: no existe un núcleo conyugal —una relación padre/madre e hijo/hija—, aunque puede haber otros lazos familiares.

Entre los tipos de familias se distinguen los siguientes:

- *Familias nucleares*: padre o madre o ambos, con o sin hijos
- *Familias extendidas*: padre o madre o ambos, con o sin hijos y otros parientes
- *Familias compuestas*: padre o madre o ambos, con o sin hijos, con o sin otros parientes u otras personas no parientes —sin incluir el servicio doméstico que vive con la familia ni sus familiares.

A su vez, las familias pueden ser *biparentales* —pareja con o sin hijos— o *monoparentales* —sólo con un padre, habitualmente la madre, e hijos.

La construcción de los hogares y de las familias a partir de la fuente de información utilizada no permite caracterizar adecuadamente estructuras familiares donde alguno de sus miembros ha migrado para enviar remesas de dinero de actividades laborales alejadas del lugar de residencia, como ocurre en familias monoparentales que en rigor son biparentales u hogares no familiares que sí lo son, entre otros. En este sentido, es importante destacar las tres dimensiones y unidades para el estudio de las familias, a saber: la dimensión teórica con unidades de análisis, la metodológica con unidades de observación y la empírica con unidades de cuenta (Torrado, 1981).

3. La diversidad de las familias nucleares en América Latina

Durante largo tiempo, la familia nuclear, con ambos padres e hijos, fue considerada, y aún lo es, el paradigma de familia ideal y el modelo de familia sobre el cual se planifican las políticas públicas. Sin embargo, la familia nuclear esconde una gran diversidad de situaciones que pueden examinarse a partir de la información proveniente de las encuestas de hogares.²

El análisis más detallado de la información revela que existe una proporción importante de familias nucleares monoparentales, de familias sin hijos o en las que ambos padres trabajan remuneradamente. Los principales cambios en el período comprendido entre 1990 y 2002 ocurren en relación con el trabajo femenino, puesto que una proporción creciente de mujeres se ha incorporado al trabajo remunerado. En América Latina, entre 1990 y 2002, la tasa de participación laboral femenina en las zonas urbanas aumentó del 37,9% al 49,7% (CEPAL, 2003a).

En el conjunto de las zonas urbanas de los 18 países de América Latina, con respecto a las que se cuenta con información hacia el año 2002, tan sólo un 36% de las familias se ajusta al modelo tradicional de la familia nuclear, con ambos padres e hijos, y en las que la cónyuge realiza las actividades domésticas dentro del hogar; en Uruguay sólo el 28% de las familias se ajusta a este modelo de familia nuclear (véase el cuadro IV.2 del anexo). En las áreas urbanas de la región, un 19% de las familias nucleares son monoparentales y, de ellas, un 84% tiene jefatura femenina y un 16% jefatura masculina. Un 12% de familias nucleares están constituidas por parejas sin hijos, y en el 5% de ellas ambos miembros de la pareja trabajan (véase el gráfico IV.3). El examen de la información de la última década muestra que desde principios de los años noventa, con las únicas excepciones de Chile y México, ese modelo de familia nuclear tradicional ya no era el mayoritario en la región latinoamericana.

Entre los cambios más notorios del período que abarca de 1990 a 2002 se observa la disminución del tipo de familia nuclear tradicional y el aumento del 27% al 33% de las familias biparentales con hijos en las que ambos padres desarrollan actividades remuneradas. La mayor proporción de familias nucleares con dos proveedores económicos e hijos se encuentra en Bolivia (45%) y en Perú (42%) (véase el cuadro IV.2 del anexo).

Asimismo, aumenta la proporción de familias nucleares monoparentales del 15% a alrededor del 19%, al igual que las familias nucleares con jefas que trabajan y las de jefatura masculina (véanse el gráfico IV.3 y el cuadro IV.2 del anexo). La mayor proporción de familias con jefas que trabajan remuneradamente se encuentra en Nicaragua, con alrededor del 14% de los hogares nucleares. Cabe destacar que el mayor porcentaje de familias nucleares monoparentales con jefatura masculina en 2002 se encuentra en Ecuador y Perú (casi el 4% de los hogares nucleares), lo que coincide con el aumento de las migraciones femeninas en ambos países (véase el cuadro IV.2 del anexo).

En términos generales, dado el aumento de las familias monoparentales, puede inferirse que si bien la carga total del trabajo de socialización disminuyó al reducirse el número de niños por hogar, también descendió el número de adultos que tenían a su cargo esa socialización, lo que es especialmente notorio en el caso de las mujeres, que en una cantidad apreciable de familias tienen bajo su exclusiva

² La información proveniente de las encuestas de hogares no permite distinguir a las familias nucleares complejas o reconstituidas, es decir, las formadas a partir de parejas que se divorcian o se separan y constituyen nuevas uniones; por lo tanto, aun cuando no correspondan a la primera unión, son todas consideradas como familias nucleares biparentales (véase el recuadro IV.1). Tampoco es posible distinguir a las familias en las que alguno de sus miembros es un emigrante temporal o permanente, y que pueden aparecer como familias monoparentales.

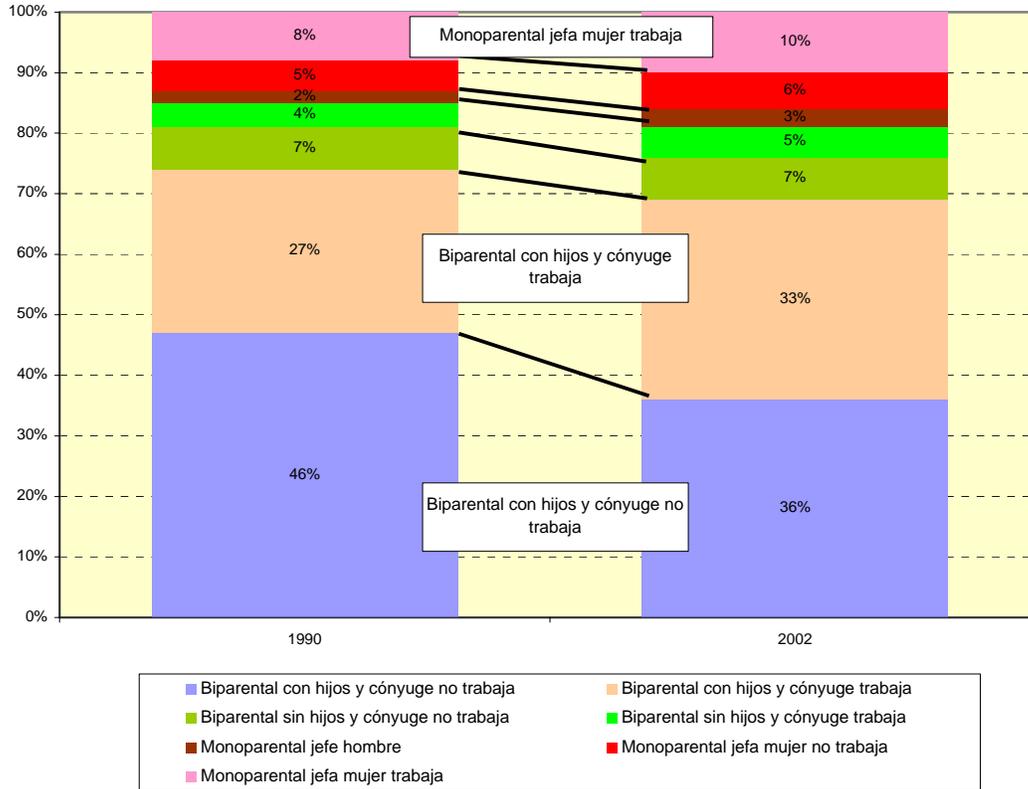
responsabilidad las tareas productivas y reproductivas. A ello se suma una creciente complejidad de las tareas de socialización en sociedades cada vez más heterogéneas y con más riesgos.

Con respecto al modelo tradicional de familia, Jelin (2004) sostiene que entre los hogares con mujeres cónyuges de entre 20 y 60 años en el área metropolitana de Buenos Aires, el modelo del proveedor masculino bajó del 74,5% al 54,7% entre 1980 y el 2000, mientras que el modelo de hogar con dos proveedores aumentó del 25,5% al 45,3%. Este cambio ocurrió en familias con o sin niños pequeños, aunque es más común en hogares con un solo hijo residente que en otros hogares con más niños y, como podía esperarse, es más común entre mujeres con niveles altos de educación. Además, es más común en los estratos socioeconómicos más altos y en los más bajos, que en las capas medias (Wainerman, 2003).

Tradicionalmente, la mayoría de las políticas gubernamentales se han construido a partir de un concepto de familia “funcional” donde hay un padre y una madre vinculados por el matrimonio con perspectiva de convivencia de larga duración, hijos e hijas propios y en donde los roles de género están perfectamente definidos: las mujeres se encargan de los trabajos domésticos y los hombres de los extradomésticos. Este tipo de familia presupone derechos y obligaciones tácitamente definidos y una interacción constante entre los miembros del grupo familiar, y en él subyace un modelo de responsabilidades asimétricas y con relaciones poco democráticas (Jusidman, 2003).

La nueva configuración de los hogares y las familias latinoamericanas señala la necesidad de elaborar nuevas políticas dirigidas tanto a hombres como a mujeres, como padres, y a las instituciones sociales que deben apoyar a las familias en la cobertura de sus necesidades. Estas políticas deben tener en cuenta una doble perspectiva: la conciliación de la familia y el trabajo, y el apoyo necesario para el cuidado de los hijos y de los adultos mayores. Muchos de los cambios observados en torno a la familia son el resultado de deseos y opciones individuales y no son fruto de patologías sociales. Por lo tanto, mediante las políticas deben facilitarse y no limitarse las opciones individuales mediante el otorgamiento de los recursos necesarios para el bienestar de todos sus miembros (Esping-Andersen, 2003).

Gráfico IV.3
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TIPOS DE FAMILIAS NUCLEARES Y TRABAJO FEMENINO EN ZONAS URBANAS, 1990-2002^a



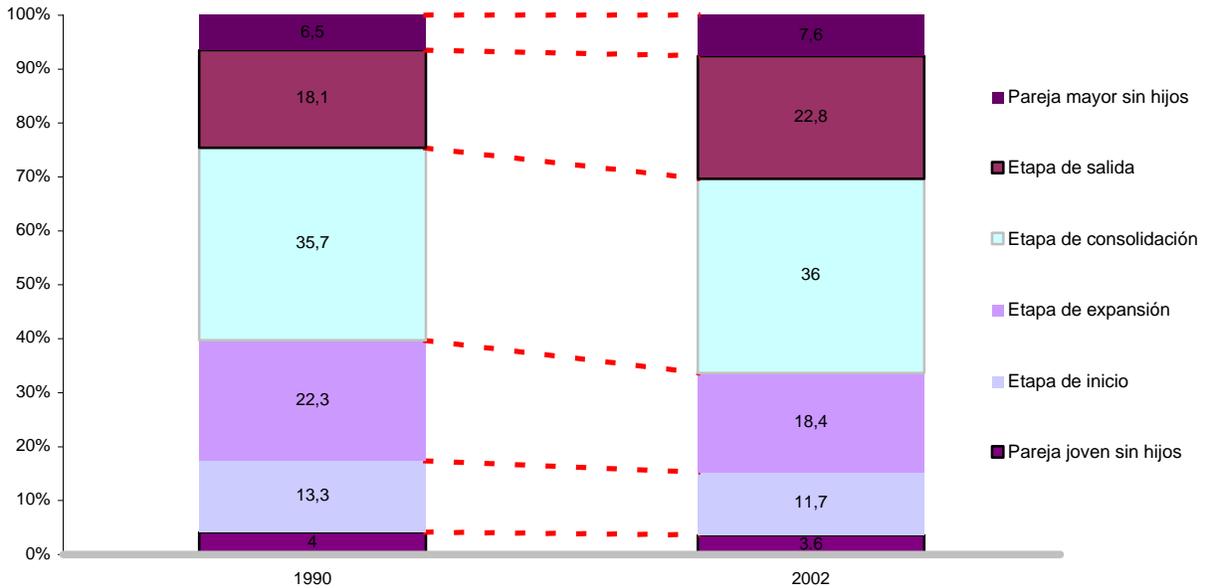
Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a Promedio simple.

4. Evolución de las familias según las etapas del ciclo de vida

El tránsito de los hogares de tipo familiar a lo largo del tiempo ha dado origen al concepto de etapas del ciclo de vida familiar, que se refiere a las diversas fases por las que estos pueden pasar. Se hacen, al respecto, distinciones entre la etapa de inicio de la familia, en la que empiezan a nacer los hijos; la de expansión, en la que aumenta el número de hijos; la de consolidación, en la que dejan de nacer los hijos; y la de salida, en la que los hijos pasan a constituir hogares distintos (véanse el recuadro IV.2 y el gráfico IV.4).

Gráfico IV.4
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): ETAPAS DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR, ZONAS URBANAS, CIRCA 1990 Y 2002^a



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Promedio simple.

La distribución de las familias en las seis etapas del ciclo de vida familiar construidas sobre la base de la información de las encuestas de hogares revela que la mayoría de las familias latinoamericanas se encuentra en la etapa del ciclo de vida familiar de expansión y consolidación. Corresponde a la etapa del ciclo de vida familiar en la que existe una fuerte presión sobre los recursos familiares, ya que el tamaño de la familia es el mayor y la edad de los hijos, tanto mayores como menores, los hace económicamente dependientes. La variación entre países, en términos del ciclo de vida familiar, se relaciona con las distintas etapas de transición demográfica en que se encuentran. De esta forma, en países como Bolivia, que se encuentra en la etapa de transición demográfica moderada, se observa una proporción mayor de familias, alrededor del 16%, en la etapa inicial con hijos menores, al igual que en Honduras, que se ubica entre los países de transición plena, con una cifra del 18%.

Recuadro IV.2

TIPOLOGÍA DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR CONSTRUIDA A PARTIR DE LAS ENCUESTAS DE HOGARES

En esta tipología, exclusiva para hogares con núcleo conyugal, biparental o monoparental, las variables de referencia son la edad del hijo mayor, la edad del hijo menor y la edad de la madre. Especial relevancia tiene la edad del hijo menor, pues permite inferir la existencia de una mayor carga de trabajo doméstico en los hogares, lo que condiciona las actividades domésticas y las necesidades prioritarias vinculadas a la vida familiar.

- Pareja joven sin hijos: es la pareja que no ha tenido hijos y en la que la mujer tiene menos de 40 años.
- Etapa de inicio de la familia: corresponde a las familias que sólo tienen uno o más hijos de 5 años o menos.
- Etapa de expansión: corresponde a las familias cuyos hijos mayores tienen entre 6 y 12 años, independientemente de la edad del hijo menor.
- Etapa de consolidación: corresponde a las familias cuyos hijos tienen entre 13 y 18 años de edad, o a aquellas en que la diferencia de edad entre los hijos mayores y menores es generalmente de 12 a 15 años. Es probable que en esta etapa del ciclo de vida familiar se concentre también la mayor proporción de familias reconstituidas, ya que las grandes diferencias de edad entre los hijos mayores y menores podrían deberse, en algunos casos, a la existencia de nuevas uniones con hijos pequeños.
- Etapa de salida: corresponde a las familias cuyos hijos menores tienen 19 años o más.
- Pareja mayor sin hijos: es la pareja sin hijos en la que la mujer tiene más de 40 años.

Es preciso destacar que el concepto de ciclo de vida familiar es temporal y longitudinal para una misma familia y que esta tipología corresponde a un corte en un momento del tiempo. Sin embargo, permite una aproximación respecto de las etapas en que se encuentran distintas familias en un momento dado.

Diversos estudios recientes en la región latinoamericana muestran que las parejas tienden a unirse con el nacimiento del primer hijo, lo que podría explicar la disminución observada en la proporción de parejas jóvenes sin hijos (Guzmán y otros, 2001). Las dificultades que enfrentan los jóvenes de ambos sexos para encontrar trabajo y, en algunos países, para encontrar vivienda, también podrían contribuir a explicar esta disminución.

Existe un aumento de la proporción de familias en la etapa de salida, es decir, cuando los hijos ya tienen más de 18 años, y de las parejas mayores que no tienen hijos o cuyos hijos constituyeron nuevas familias. Este aumento en la cantidad de familias en etapas del ciclo de vida más tardío se explica por el aumento en el número de países que se encuentran en las etapas de transición demográfica avanzada y el consecuente envejecimiento de la población. Argentina y Uruguay presentan la mayor proporción de familias en la etapa de salida de los hijos, 25% y 27% respectivamente, y de pareja mayor sin hijos, 14% y 20% respectivamente (véase el cuadro IV.3 del anexo).

La etapa del ciclo de vida familiar en la que se encuentran define necesidades diversas para las familias y, en especial, para las familias pobres. Por tanto, resulta interesante mostrar un estudio sobre las familias en la extrema pobreza incorporadas en el Programa Puente de Chile, orientado a disminuir la extrema pobreza, que muestra demandas diferenciadas según tipo y etapa del ciclo de vida familiar (véase el recuadro IV.3).

Recuadro IV.3

CHILE: DEMANDAS DE LAS FAMILIAS SEGÚN TIPO Y CICLO DE VIDA AL PROGRAMA PUENTE

El Programa Puente fue diseñado por el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS) - Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN) durante el 2001, para poner en marcha la “Estrategia de Intervención Integral a Favor de Familias en Extrema Pobreza”. Esta Estrategia fue elaborada a partir del perfil de los hogares pobres e indigentes construido sobre la base de la información de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN).

A partir de este perfil de hogares y familias, se proponen modelos de intervención para brindar un apoyo integral a familias que viven en condiciones de extrema pobreza, de manera que logren satisfacer sus necesidades básicas gracias a la generación de ingresos económicos superiores a la línea de indigencia, y activen las habilidades necesarias para su integración a las redes locales disponibles.

Desde su inicio en el 2002 y hasta el 2004, los apoyos familiares han incorporado 123.955 familias al programa. Mediante el trabajo de los apoyos familiares con cada familia, se ha logrado acumular un valioso conocimiento respecto de cómo son las familias que viven en situación de extrema pobreza. La caracterización de las familias que participan en el Programa Puente incluye la tipología de ciclos de vida familiar que ha elaborado la CEPAL en la realización de los análisis sociodemográficos (CEPAL, 2001), con la información disponible de un total de 31.114 familias que representaban el 42,2% del universo definido.

Respecto de la distribución de las familias, el 47,1% se encuentra en el ciclo de expansión o crecimiento, mientras que el 33,6% se encuentra en el de consolidación y salida. Se observa que las familias nucleares biparentales están principalmente en etapa de expansión, mientras que las familias extensas biparentales se ubican predominantemente en la fase de consolidación y, en un segundo lugar, en la de expansión.

Las condiciones mínimas de calidad de vida, tal como las considera el Programa se relacionan con la identificación, la salud, la educación, la dinámica familiar, la habitabilidad, el trabajo y los ingresos. Al centrar el análisis en los perfiles de estos ciclos, es posible observar que el porcentaje de familias que plantean demandas varía en función de la etapa del ciclo de vida en la que se encuentran. En todas las etapas del ciclo las familias de jefatura femenina son las que más demandan al programa y la principal demanda en el conjunto de familias, independientemente del ciclo, es la de habitabilidad. Sin embargo, en el ciclo de inicio y en el de crecimiento o expansión, la demanda que sigue a la de habitabilidad es la de ingresos, en tanto en las familias de parejas mayores sin hijos la principal demanda se relaciona con la salud.

Fuente: Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS) - Programa Puente, “¿Cómo son las familias que construyen el Puente?”, *serie Reflexiones desde el Puente: cuadernillo de trabajo*, N° 2, Santiago de Chile, agosto del 2004.

B. EVOLUCIÓN DE LAS DIVERSAS ESTRUCTURAS FAMILIARES EN RELACIÓN CON EL BIENESTAR

La calidad de vida y el bienestar de las familias se relacionan con la estructura de los hogares y las familias, así como con la etapa del ciclo de vida familiar en el que se encuentren. En la región latinoamericana los hogares de menor tamaño, es decir, unipersonales, las familias nucleares sin hijos, y las familias monoparentales con jefe hombre, se concentran en el quintil superior de ingresos. Por el contrario, las familias de mayor tamaño, es decir, las nucleares biparentales con hijos, extendidas y compuestas, y las monoparentales con jefa, se ubican en el veinte por ciento de hogares más pobres.

En cuanto a la incidencia de pobreza según la etapa del ciclo de vida familiar, se encuentra una menor pobreza en la etapa de la pareja joven sin hijos, en tanto la mayor incidencia de pobreza ocurre en la etapa de expansión, cuando aumenta el número de hijos y éstos son dependientes. Alrededor del 63% de los hogares y familias en la región latinoamericana tiene dos o más dependientes económicos, y un 46% de los hogares y familias cuentan con dos o más aportantes económicos al hogar. Las familias

nucleares biparentales con hijos, las extendidas y las compuestas, además de tener más aportantes económicos, tienen dos o más dependientes a cargo, lo que incide en su menor calidad de vida.

1. Estructura familiar y bienestar

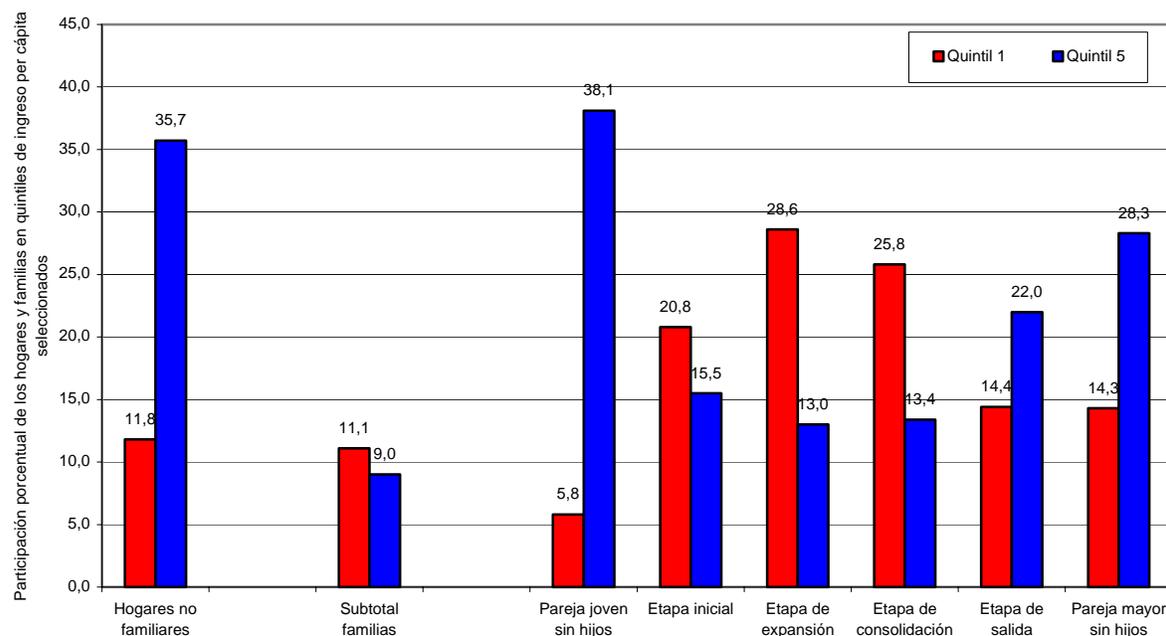
La vinculación de la familia con los procesos de desigualdad social es de larga data. Se estima que la reproducción de las desigualdades sociales se concreta principalmente por dos medios. El primero se relaciona con el sistema de parentesco y con las condiciones de origen de las familias, que proporcionan a las personas el acceso a los activos sociales, económicos y simbólicos; el segundo se refiere al acceso y a la jerarquía de las ocupaciones.

El tipo de familia al que pertenece condiciona las posibilidades de bienestar de las personas. La distribución de los tipos de hogares en los diferentes quintiles de ingreso muestra que hay una tendencia a la concentración de determinados tipos de hogares entre los más pobres, incluidos en el quintil 1, o entre los más ricos, incluidos en el quintil 5. En el 2002, las personas con recursos, es decir las que se hallaban en el 20% superior de ingresos, eran las que podían constituir hogares unipersonales, de hecho, un 41,6% de estos hogares se ubican en el quintil 5 (véase el gráfico IV.5). De la misma forma, los hogares nucleares sin hijos y los de jefatura masculina también tienen mayor capacidad económica, ubicándose en una mayor proporción en el quintil de familias con más recursos. A su vez, las familias nucleares monoparentales con jefas se concentran en proporción mayor en el 20% de hogares con ingresos más bajos.

Si se examina la incidencia de la pobreza y de la indigencia según el tipo de hogar se confirma que la mayor incidencia de la pobreza se encuentra entre las familias extendidas y compuestas y, entre ellas, en los hogares monoparentales con jefa. Asimismo, se observa una mayor incidencia de la pobreza en las familias nucleares y, entre ellas, las nucleares biparentales con hijos y las monoparentales con jefatura femenina (véanse el gráfico IV.6 y el cuadro IV.4 del anexo). La menor incidencia de pobreza y de la indigencia ocurre en los hogares unipersonales y en los nucleares sin hijos, que corresponden a parejas que recién inician el ciclo de vida familiar y a las parejas mayores cuyos hijos han constituido sus propios hogares.

Sin duda que la magnitud total de la pobreza en cada país definirá la pobreza existente en cada tipo de hogar o familia. Sin embargo, es posible reconocer variaciones en la incidencia de la pobreza según los tipos de hogar, incluso en los países con mayor pobreza, como Honduras y Nicaragua, en cuyos hogares y familias la pobreza incide en diferente medida. En estos países la pobreza es menor en los hogares unipersonales donde alcanza a menos de la mitad de la pobreza total y es mayor en el caso de las familias extensas, las nucleares monoparentales con jefas y las nucleares biparentales con hijos (véase el cuadro IV.4 del anexo).

Gráfico IV.5
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): PARTICIPACIÓN DE LAS FAMILIAS SEGÚN DIFERENTES ETAPAS DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR EN QUINTILES SELECCIONADOS, ZONAS URBANAS, 2002^a
(En porcentajes)

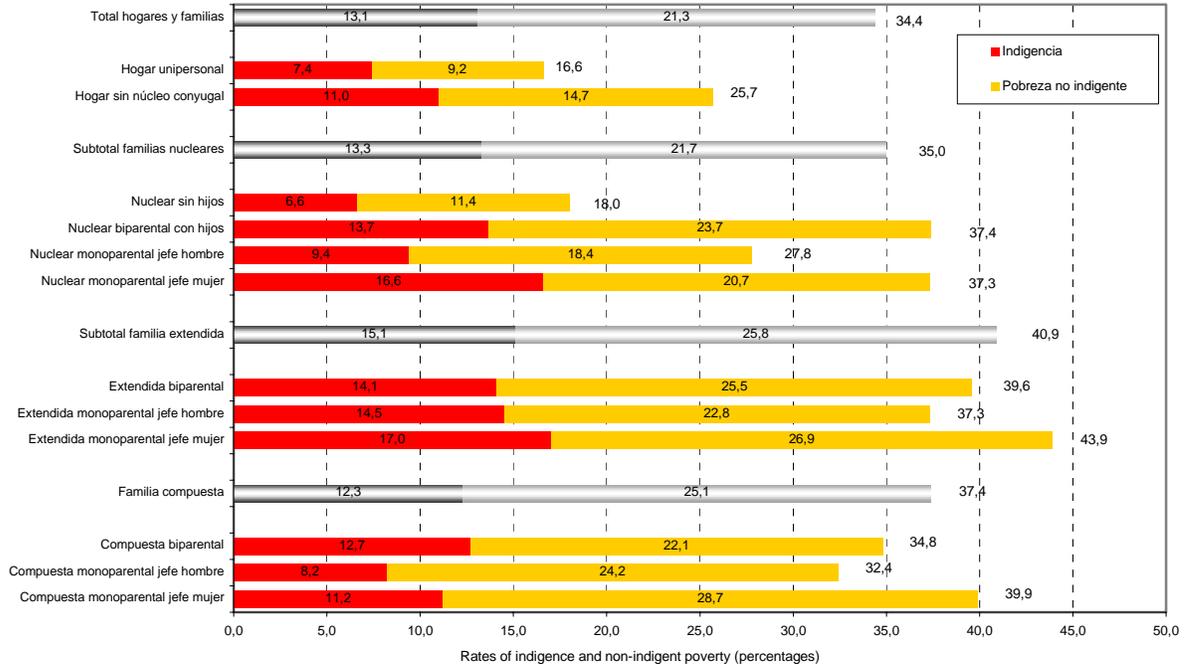


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

El examen de la pobreza y la indigencia en relación con las etapas del ciclo de vida familiar confirma la menor incidencia de pobreza en los hogares de parejas sin hijos, aunque es levemente superior en los hogares de parejas mayores sin hijos que de parejas jóvenes (véase el gráfico IV.7). Las familias con hijos que se encuentran en las etapas de inicio, expansión y consolidación son las que tienen una mayor incidencia de la pobreza e indigencia, apreciándose una mayor pobreza en las etapas de expansión de las familias por su mayor carga de hijos.

Gráfico IV.6
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA INDIGENCIA Y DE LA POBREZA NO INDIGENTE SEGÚN TIPOS DE HOGARES Y FAMILIAS, ZONAS URBANAS, 2002^{a b}
(En porcentajes)

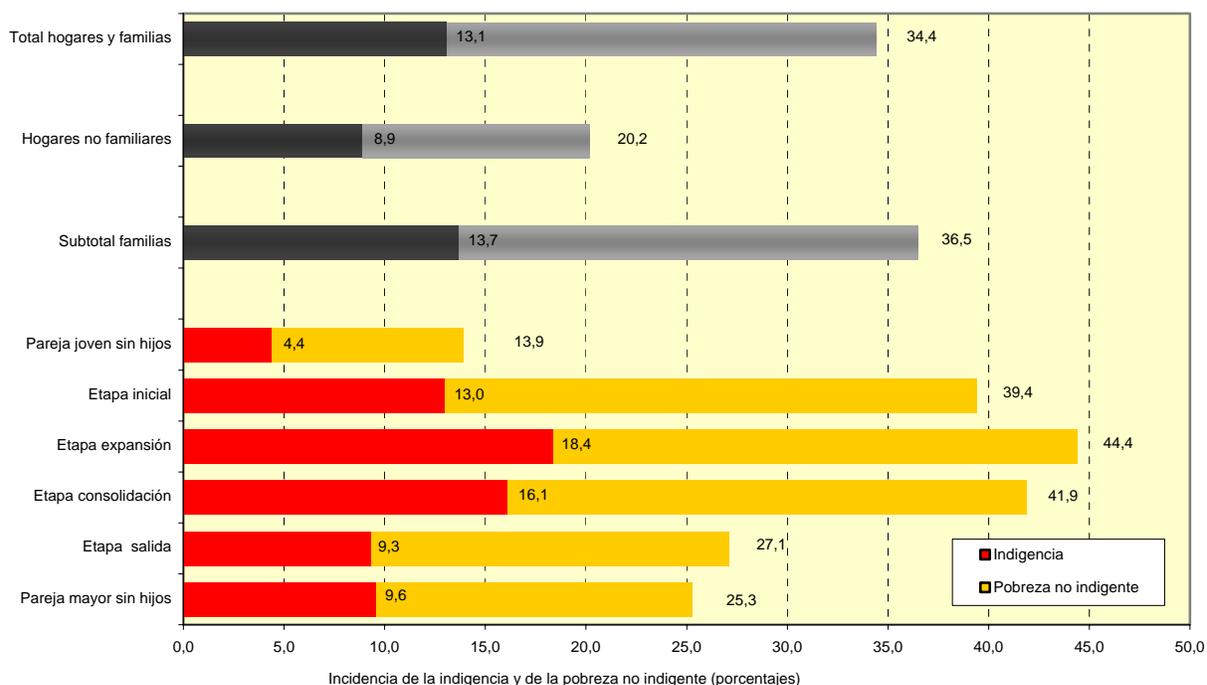


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

^b La cifra presentada fuera de la barra corresponde a la incidencia de la pobreza total, incluida la indigencia.

Gráfico IV.7
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA INDIGENCIA Y DE LA POBREZA NO INDIGENTE SEGÚN ETAPAS DEL CICLO DE VIDA FAMILIAR, ZONAS URBANAS, AÑO 2002^{a,b}
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

^b La cifra presentada fuera de la barra corresponde a la incidencia de la pobreza total, incluida la indigencia.

2. Familias e ingresos familiares

Una de las principales funciones de las familias es proveer de los recursos económicos a sus miembros para asegurar su bienestar. En la región latinoamericana la situación de las familias en cuanto a dependientes y aportantes económicos al hogar varía en función del tipo de familia del que se trate.

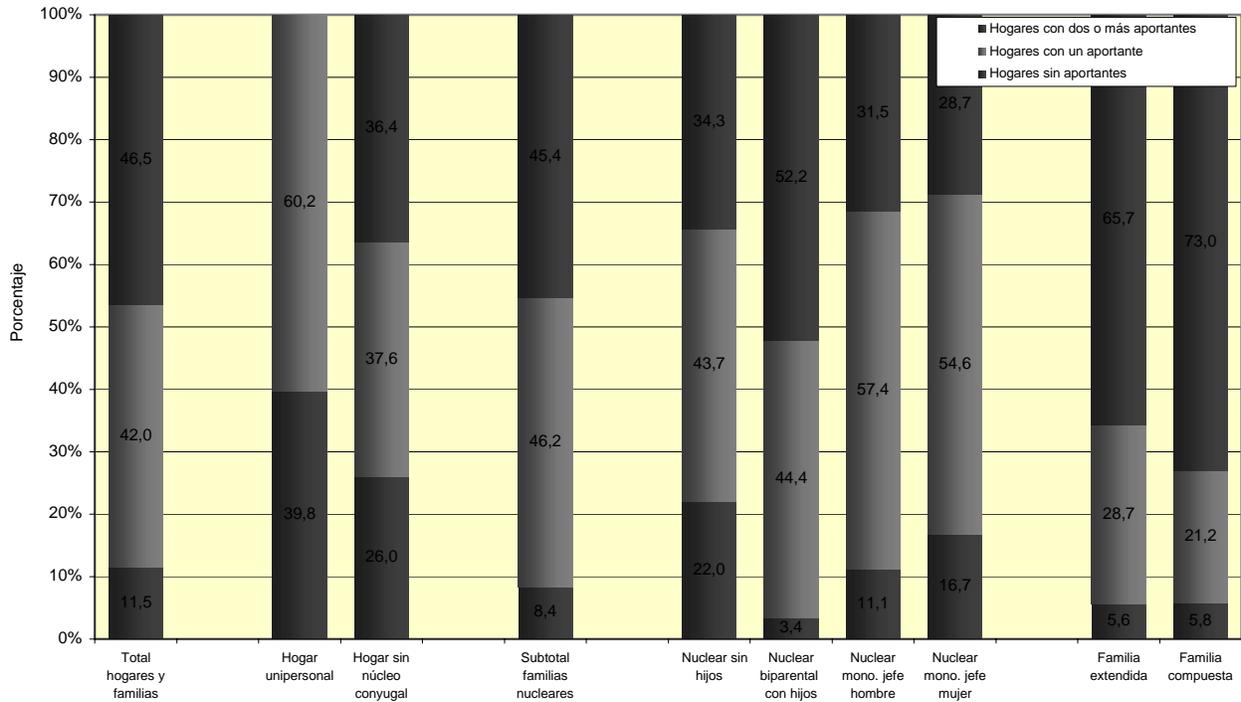
En la región no todos los hogares y las familias reciben ingresos laborales. De hecho, la mayor proporción de hogares que no reciben ingresos laborales se encuentra entre los hogares unipersonales, a pesar de que la constitución de esos hogares requiere de recursos económicos. Esta aparente contradicción se explica al observar que estos hogares están constituidos principalmente por adultos mayores, que reciben ingresos de pensiones y jubilaciones, y por jóvenes, que pueden recibir recursos económicos de sus padres.

Otros hogares y familias analizados son los que tienen dos o más aportantes. Por sus características, los hogares nucleares monoparentales tienen una menor probabilidad de contar con más de

un aportante, ya que el segundo aportante —al no existir una pareja— sólo puede ser un hijo o hija. Por tanto, no resulta sorprendente que más de la mitad de las familias nucleares biparentales tengan dos o más aportantes al hogar, y que haya un mayor número de aportantes económicos en las familias nucleares biparentales con hijos que en las que no tienen hijos. Esto último puede parecer extraño si suponemos que los hijos son un impedimento para el ingreso laboral de las cónyuges. La explicación residiría en que las familias con hijos son familias en etapas más tempranas del ciclo de vida familiar y personal, y por tanto las cónyuges son más jóvenes y más educadas, lo que les da más posibilidades de ser activas económicamente.

Asimismo, la información para el conjunto de la región confirma que la constitución de familias extendidas y compuestas es un mecanismo adecuado para aunar recursos económicos y constituye una estrategia de supervivencia familiar. Al respecto, resulta ilustrativo que más del 65% de esas familias cuenten con dos o más aportantes económicos (véase el gráfico IV.8).

Gráfico IV.8
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): HOGARES Y FAMILIAS CON Y SIN APORTANTES DE INGRESOS
LABORALES SEGÚN TIPOS DE HOGAR Y FAMILIA, ZONAS URBANAS, 2002^a
(En porcentajes)



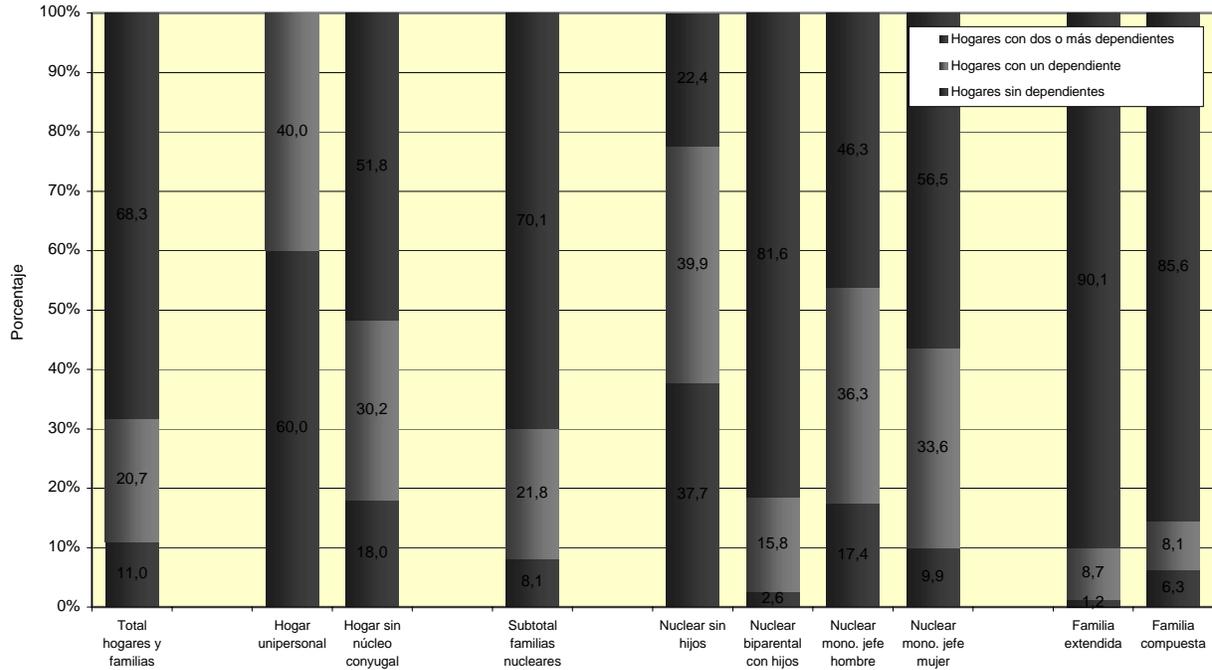
Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

Además, en la región latinoamericana, las familias con dos o más dependientes constituyen el 68% del total de hogares y familias. El mayor porcentaje de hogares y familias con dos o más

dependientes se encuentra en las familias nucleares biparentales con hijos, y en las extendidas y compuestas. La mayor proporción de hogares sin dependientes se encuentra entre los unipersonales y los nucleares sin hijos. Solo un 11% de los hogares no tiene ningún dependiente a cargo y el 20,7% tiene un solo dependiente.

Gráfico IV.9
AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): HOGARES Y FAMILIAS URBANAS CON Y SIN MIEMBROS DEPENDIENTES SEGÚN TIPOS DE HOGAR Y FAMILIA, ZONAS URBANAS, 2002^a
(En porcentajes)

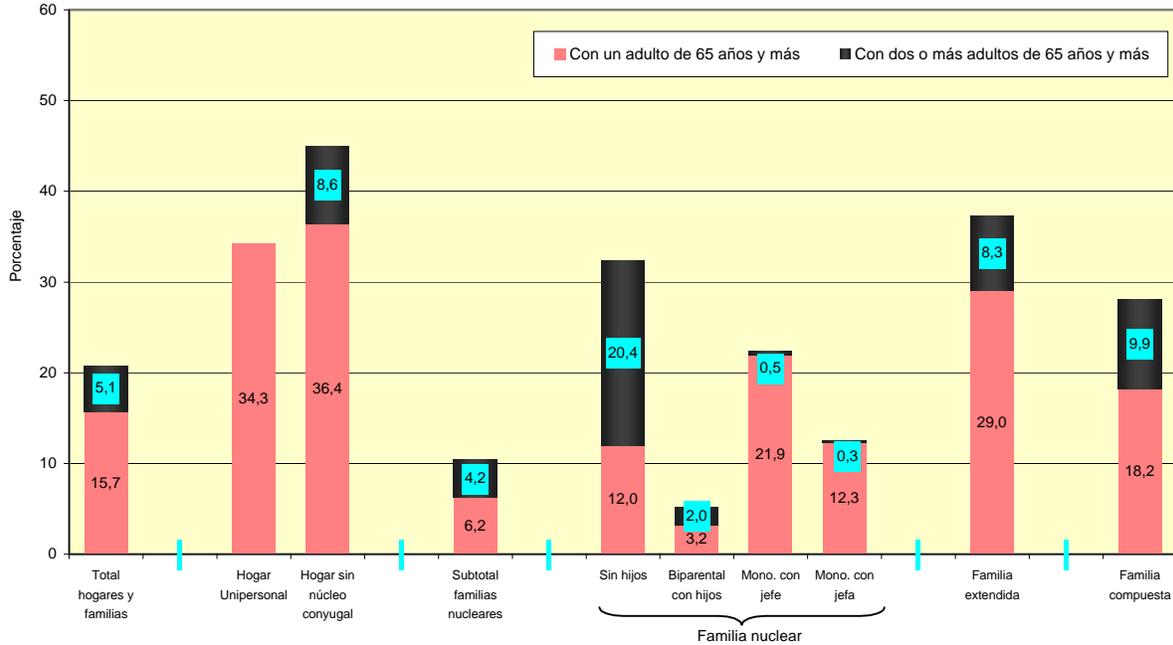


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

Se prevé que entre los períodos 1985-1990 y 2000-2005 la esperanza de vida de la población de América Latina aumente de 67,3 a 71,9 años (CEPAL, 2004d). Según ello, la cantidad de hogares y familias en los que residen adultos mayores también se incrementará. En 2002, los hogares y familias con uno o más adultos mayores de 65 años constituían un quinto de los hogares latinoamericanos. Los adultos mayores se concentran en los hogares sin núcleo conyugal, los unipersonales y entre las familias nucleares biparentales sin hijos (véase el gráfico IV.10).

Gráfico IV.10
**AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): HOGARES Y FAMILIAS URBANAS
 CON ADULTOS MAYORES DE 65 AÑOS, 2002^a**
 (En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

^a Promedio simple.

C. LAS FAMILIAS Y LA DISTRIBUCIÓN DEL TRABAJO

La distribución del trabajo doméstico y del trabajo remunerado continúa siendo muy desigual entre hombres y mujeres. Aun cuando la información sobre distribución del trabajo dentro del hogar es escasa, en todos los países la participación femenina es notablemente mayor que la masculina en el ámbito doméstico, independientemente del aumento de las tasas de actividad económica de las mujeres y de los hogares con dos o más proveedores.

1. La división del trabajo por género dentro y fuera del hogar

Uno de los conceptos clave en el análisis de las interrelaciones entre trabajo y familia ha sido la noción de división sexual del trabajo. Este concepto permite vincular analíticamente ambas esferas y destacar sus mecanismos de relación e interdependencia con la reproducción social, que refiere al cuidado diario, generacional y social de la población. Ha resultado claro en muchos estudios la participación desigual de hombres y mujeres en el trabajo y la familia. La inserción diferencial en el mercado de trabajo contribuye a que la participación de la mano de obra familiar tenga un efecto distinto en la homogeneidad o la heterogeneidad ocupacional de los hogares y en su calidad de vida. En la medida en que la creciente

incurción de las mujeres en el trabajo remunerado no ha estado acompañada de una participación equivalente de los varones en la reproducción doméstica, se ha multiplicado la carga de trabajo que pesa sobre ellas (Ariza y de Oliveira, 2004).

La producción de bienes y servicios que tiene lugar en la esfera familiar se encauza a través del trabajo no remunerado, no tiene visibilidad pública ni aparece en los registros laborales, por lo cual ha tendido a considerarse como no trabajo, según la clásica asociación entre trabajo y empleo remunerado (Carrasco, 2003). Asimismo, la división por sexo del trabajo, consolidada desde la industrialización, asocia (más en el imaginario colectivo que en la realidad) la actividad masculina con la producción mercantil y la femenina con la actividad familiar doméstica. Esta rígida distribución de tareas ha llevado a ocultar la contribución al bienestar familiar y social de una parte importante del trabajo realizado por las mujeres.

Es importante trabajar con indicadores de las actividades realizadas en la esfera doméstico-familiar en interrelación con los referidos a otros ámbitos económicos y sociales. La ausencia de investigaciones y de políticas orientadas a los nuevos tipos de familias impide analizar el cambio en las funciones. Sin embargo, algunos estudios de caso informan acerca de la modificación en los patrones paternos y maternos en diversos grupos etarios, así como de cambios en las estructuras familiares, que incluyen familias complejas, con hijos de diversas uniones. Al respecto, se sugiere distinguir entre conceptos como paternidad o maternidad social y biológica o papel paterno o materno y paternidad o maternidad biológica. Una revisión de estudios sobre la participación de los hombres, como padres, señala la necesidad de diseñar políticas y programas orientados a la participación activa de los hombres en el cuidado de los hijos, y destaca que la presencia de un padre que ejerce su papel de tal y que no es violento, sea biológico o no, es positiva para los niños, para el ingreso familiar, para las mujeres y para ellos mismos (Barker, 2003).

La falta de valoración monetaria del trabajo doméstico no remunerado impide evaluar el aporte económico real de las mujeres, tanto al desarrollo como a la reducción de la pobreza (CEPAL, 2004e). La elaboración de encuestas sobre el uso del tiempo se torna esencial para comprender los cambios y reestructuraciones que se producen respecto de la inserción de la mujer en el mercado laboral, y constituyen un aporte cuantitativo básico para conocer la estructura del trabajo doméstico, determinado fundamentalmente por el estrato socioeconómico de la familia, la etapa del ciclo en la que se encuentran sus miembros y el lugar de residencia.

El uso del tiempo en general y la realización de actividades domésticas no remuneradas presentan diferencias significativas entre varones y mujeres, pues el modelo a partir del cual se estructuran nuestras sociedades relega a la mujer al espacio privado, al lugar de la casa y a la realización de las labores reproductivas. El hombre, en cambio, se asocia a lo público y a la realización de las funciones productivas. Otro factor de incidencia en las variaciones del tiempo asignado al trabajo reproductivo en el interior del hogar es la etapa del ciclo de vida en la que se encuentran los miembros. Resulta diferente la distribución de tiempo dedicado al trabajo doméstico según la edad de la mujer, su estado civil, el número de hijos o hijas que viven en el hogar y la edad de estos. La composición y las funciones del trabajo doméstico cambian considerablemente si la mujer es joven, soltera y tiene un hijo o hija, con respecto a una mujer casada con más de dos hijos o hijas. El examen del trabajo doméstico en el grupo familiar no puede excluir como eje de análisis la etapa del ciclo de vida del grupo familiar, lo que enriquece el conocimiento del trabajo doméstico y su funcionamiento en las diversas estructuras familiares.

2. Resultados de dos encuestas de uso de tiempo en México y Uruguay

Los cambios en los patrones de trabajo relacionados con el género no fueron acompañados por modificaciones significativas en la esfera doméstica. No se observan mayores transformaciones en el reparto del trabajo doméstico que supongan responsabilidades domésticas compartidas. Si bien la información existente en el nivel regional, sobre la base de encuestas de uso de tiempo, es escasa y no comparable entre sí (véanse el recuadro IV.4 y CEPAL, 2003a), todos los estudios realizados muestran que, tanto en países desarrollados como en desarrollo, las mujeres ejecutan la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado (Araya, 2003, Carrasco, 2003, García, 2003, Aguirre, 2003). Esta situación se mantiene incluso cuando las mujeres trabajan en forma remunerada y a tiempo completo. Algunas investigaciones recientes cuantifican la sobrecarga de las mujeres mexicanas de 12 años y más que realizan trabajo doméstico y que trabajan en el mercado laboral, y muestran que su jornada semanal excede en promedio 9,3 horas a la de los varones (Ariza y de Oliveira, 2004).

Recuadro IV.4

LA MEDICIÓN DEL TRABAJO EN LAS ENCUESTAS DE USO DE TIEMPO

A partir de los últimos años se han desarrollado nuevas herramientas capaces de informar sobre el trabajo no remunerado y, en particular, sobre el trabajo doméstico. Este tipo de instrumentos, sobre todo las encuestas de uso del tiempo, ha hecho posible contar con importantes bancos de datos que muestran la multiplicidad de tareas que componen el trabajo del hogar, el tiempo que ocupa cada una de las actividades y el reparto desigual del trabajo familiar doméstico entre mujeres y hombres. No obstante, a pesar de la disponibilidad de datos sobre empleo y trabajo familiar doméstico, para llevar a cabo una aproximación al trabajo desde una perspectiva sistémica, no es habitual que se considere la interrelación entre ambos trabajos.

El conflicto se produce, en parte, por el hecho de que las cifras obtenidas de las diversas fuentes existentes, sobre empleo y trabajo familiar doméstico, no siempre resultan compatibles entre sí. Suelen referirse a poblaciones y a períodos distintos, utilizan metodologías diferentes o ambas cosas a la vez. A esta dificultad debe agregarse que los datos sobre trabajo remunerado y sobre actividades familiares se recogen en estadísticas separadas y se interpretan en dos planos analíticos diferentes, por una parte, el mundo del empleo, y por otra, el mundo familiar.

Sin embargo, el examen separado de los datos de empleo y de trabajo doméstico impide observar la marcada interrelación entre empleo y trabajo familiar, lo que crea una realidad ficticia de trabajadoras y trabajadores que participan en el mercado del trabajo en condiciones económicas similares y expulsa al terreno de lo no económico las “restricciones familiares” y la división por sexo del trabajo (Carrasco, 2003).

De esta forma, las estadísticas tradicionales se muestran poco útiles para analizar el trabajo y el empleo femenino, pues no permiten analizar las diferencias por sexo respecto del trabajo o del empleo, ni estudiar los mecanismos que regulan la reproducción económica y social.

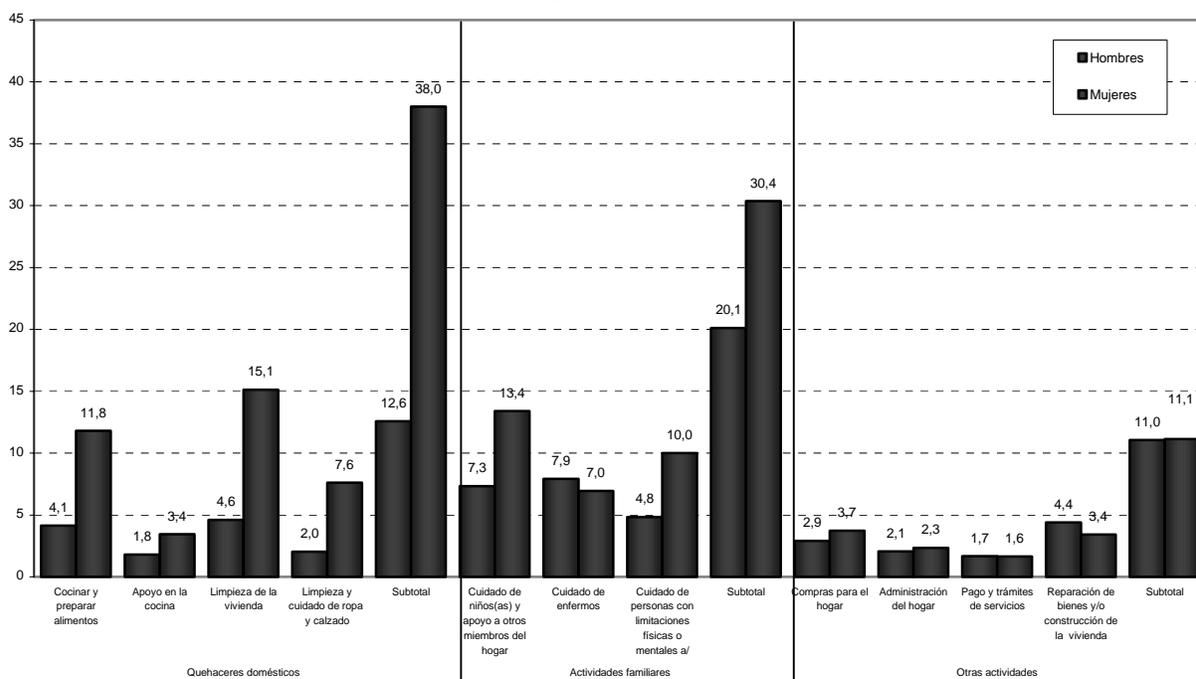
Fuente: Cristina Carrasco, “Los tiempos de trabajo: entre la casa y el mercado. Nuevas aproximaciones de análisis de resultados”, documento presentado a la Reunión de expertos: Encuestas sobre uso del tiempo, Santiago de Chile, 11 y 12 de diciembre del 2003; María José Araya, “Un acercamiento a las encuestas sobre el uso del tiempo con orientación de género”, *serie Mujer y desarrollo*, N° 50 (LC/L.2022-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), noviembre del 2003. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.03.II.G.184.

Los resultados preliminares obtenidos en la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo, realizada en México en el 2002, muestran que las mujeres aportan un 85% del tiempo total al trabajo doméstico y los hombres un 15%. Entre quienes efectúan actividades domésticas, el reparto de horas es el siguiente: las mujeres destinan un promedio de 13 horas a la semana exclusivamente al cuidado de niños y otros miembros del hogar, los varones contribuyen con aproximadamente la mitad de horas, las mujeres dedican aproximadamente 38 horas semanales a cocinar y limpiar el hogar, los varones 12,5 horas, es decir, menos de un tercio de ese tiempo (véase el gráfico IV.11).

En México las familias en las que ambos cónyuges trabajan para el mercado laboral alcanzan a 4,8 millones y las mujeres laboran en promedio 15 horas más que los hombres en trabajo remunerado y doméstico conjuntamente. El tiempo se distribuye de la siguiente manera: los esposos trabajan 52 horas en su actividad económica y las esposas 37 horas como promedio semanal; ellos destinan 4 horas a la limpieza de la vivienda y ellas 15 horas; ellos 7 horas a cocinar y ellas 15 horas y media; ellos casi 8 horas al cuidado de niños y ellas 12 horas; ellos una hora y media al aseo y cuidado de la ropa y ellas poco más de 8 horas.

Cuando se considera el total de la población mayor de 12 años que destina tiempo a las actividades domésticas, la distribución por sexo es la siguiente: el 82% de las mujeres y el 18% de los hombres realiza el trabajo de cocinar, el 64% de las mujeres y el 36% de los hombres cuida de los hijos, el 65% de las mujeres y el 35% de los hombres realiza la limpieza y las compras del hogar, solo la reparación de bienes o la construcción de la vivienda son actividades que efectúan mayoritariamente los varones, en un porcentaje del 70% (INEGI, 2004, véase el gráfico IV.12).

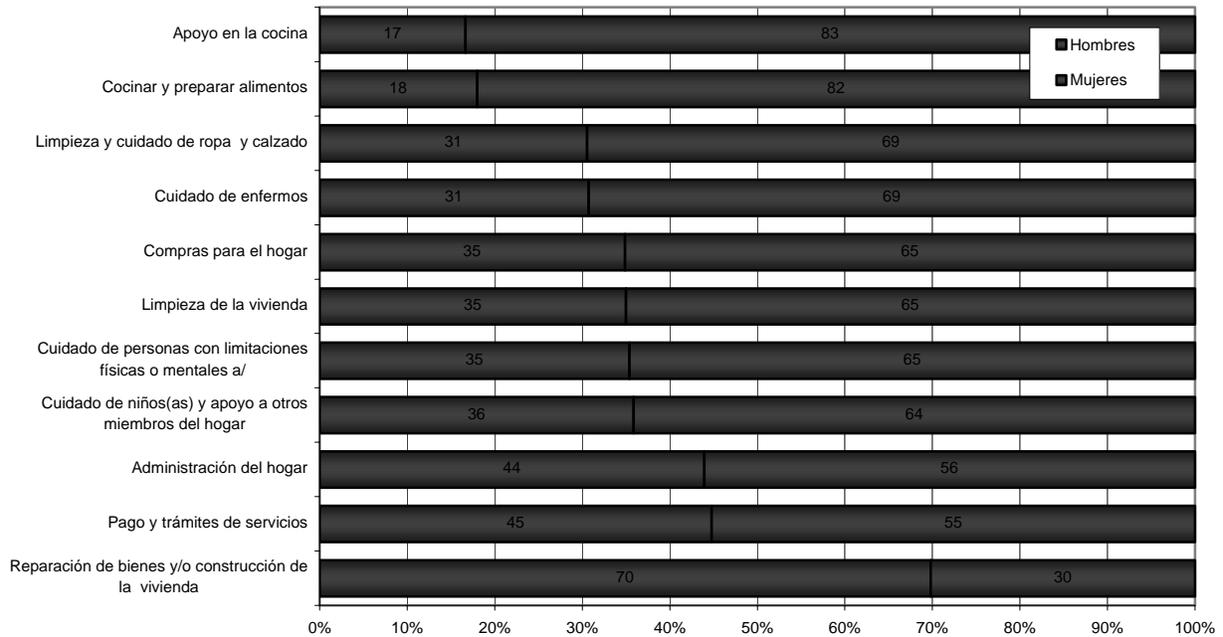
Gráfico IV.11
**MÉXICO: PROMEDIO DE HORAS SEMANALES DESTINADAS A ACTIVIDADES DOMÉSTICAS
 POR TIPO DE ACTIVIDAD Y SEXO, 2002**
 (En porcentajes)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *Encuesta de uso de tiempo 2002*, México, D.F., 2004. Este cuadro refleja las horas promedio destinadas a las actividades domésticas por quienes las efectúan, y corresponde a un 15% de hombres y a un 85% de mujeres.

^a Actividades consideradas simultáneas porque se pueden realizar junto con otras.

Gráfico IV.12
**MÉXICO: MIEMBROS DEL HOGAR QUE DESTINAN TIEMPO A ACTIVIDADES DOMÉSTICAS
 POR TIPO DE ACTIVIDAD Y SEXO, 2002^a**
 (En porcentajes)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *Encuesta de uso de tiempo 2002*, México, D.F., 2004.

^a Corresponde a la población de 12 años y más.

De acuerdo con la encuesta realizada en la ciudad de Montevideo en el 2003, la dedicación horaria al trabajo no remunerado varía enormemente según el sexo del responsable. Los varones dedican 10 horas semanales menos a los quehaceres domésticos que las mujeres; en promedio, para el total de las actividades domésticas, hombres y mujeres destinan 13 y 32 horas semanales, respectivamente (véase el gráfico IV.13). Los hombres dedican un tiempo similar al cuidado de niños, compras y gestiones, y un tiempo levemente mayor al cuidado de ancianos.³ En los hogares constituidos por parejas con al menos un hijo menor de 18 años el mayor peso del trabajo no remunerado en el hogar está a cargo de las mujeres, con un promedio de 62,5 horas semanales; en los hogares monoparentales el promedio es de 56,6 horas y en los hogares con tres generaciones es de 56,2. Los datos de los hogares biparentales indican que en la

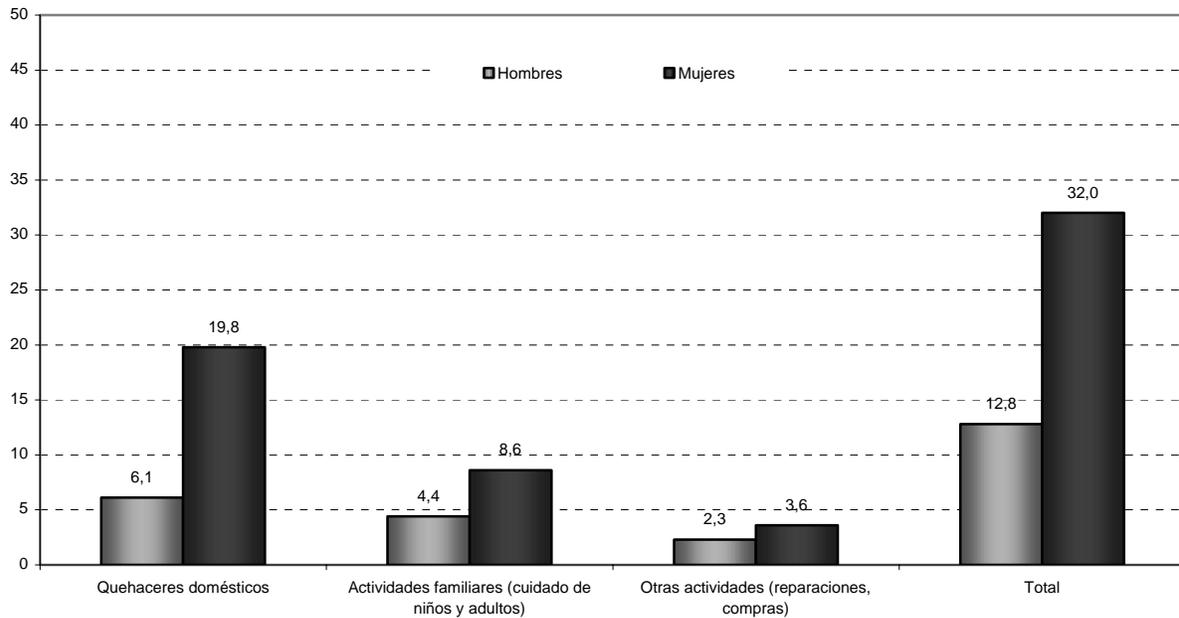
³ La autora plantea algunas interrogantes con respecto al mayor cuidado de ancianos por parte de los varones. Indica que se trata de un conjunto reducido de observaciones, lo que cuestiona su representatividad, ya que es una actividad que se cumple en un bajo porcentaje de hogares. Por otra parte, podría estar incidiendo la falta de reconocimiento del trabajo de cuidado por parte de las mujeres cuando ellas lo realizan, ya que actúan siguiendo el mandato de género con respecto al comportamiento esperado de atención a las necesidades de los miembros de su familia, en cambio, cuando los hombres realizan esta actividad pueden identificarla más fácilmente con una actividad con características de trabajo y que, eventualmente, podría ser realizada por otros miembros de la familia o por terceros.

media total es de 13,6 horas semanales en el caso de los hombres cónyuges y 54,2 horas semanales en el caso de las mujeres responsables del hogar.

Cuando viven solos, el trabajo que realizan los hombres no presenta diferencias significativas con respecto al tiempo que dedican al hogar las mujeres solas. Los hombres que viven en pareja realizan menos de la mitad del trabajo no remunerado que realizan los hombres solos, y las 26,4 horas semanales de trabajo que se ahorran recaen en las mujeres. Las mujeres que viven en pareja registran un incremento del trabajo no remunerado de 26,2 horas con relación a las que viven solas. Se observa, además, que la existencia de un hijo supone un incremento de 16 horas en el trabajo no remunerado semanal cuando la mujer trabaja y de 22,7 horas cuando esta no tiene un trabajo remunerado. Estos datos sugieren que la sobrecarga de trabajo no remunerado no depende solo de la presencia de hijos o hijas, sino que hay una fuerte incidencia de la división sexual del trabajo en el hogar, independientemente de la presencia de hijos (Aguirre, 2004).

En síntesis, las encuestas de uso de tiempo más actuales en la región latinoamericana confirman la distribución desigual de tareas en el interior del hogar entre hombres y mujeres, y la necesidad de desarrollar políticas de apoyo para las mujeres que trabajan y para el cuidado de niños y ancianos.

Gráfico IV.13
MONTEVIDEO: PROMEDIO DE HORAS SEMANALES DESTINADAS A ACTIVIDADES DOMÉSTICAS AGRUPADAS POR TIPO DE ACTIVIDAD Y SEXO, 2003



Fuente: Rosario Aguirre, “Trabajo no remunerado y uso del tiempo. Fundamentos conceptuales y avances empíricos. La encuesta Montevideo 2003”, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2004, inédito.

D. POLÍTICAS DE CONCILIACIÓN ENTRE VIDA LABORAL Y VIDA FAMILIAR

Las importantes transformaciones tanto de la familia como de las condiciones laborales hacen necesarios nuevos enfoques en las políticas, que redistribuyan las tareas domésticas y de cuidado y atención de la población infantil y de los adultos mayores. Los conflictos principales entre trabajo y familia que enfrenta la población, especialmente la femenina, son tres, a saber: el tiempo, puesto que la demanda de un tipo de trabajo impide el cumplimiento del otro; la tensión derivada de la obligación de cumplir bien ambos papeles; y las cualidades diferentes que uno y otro requieren. Para enfrentar estos problemas, son importantes las medidas relacionadas con la organización del tiempo de trabajo, los servicios de asistencia en labores domésticas y familiares, y las medidas de asesoramiento y apoyo laboral.

En las últimas décadas se produjeron transformaciones significativas en el paradigma de producción que caracterizó al capitalismo industrial, y que transformaron los patrones del empleo. Paralelamente, las mujeres emergieron en el escenario público, incorporándose masivamente al mercado de trabajo con dobles jornadas, en el hogar y en el mundo laboral. En el mismo sentido, surgen los movimientos feministas que continúan reclamando un cambio estructural mediante el cual se logre un nuevo contrato social en el que el juego de roles en la esfera pública y privada sea más equilibrado, y que permita conquistar posiciones de igualdad en los espacios económicos, sociales y políticos.

En una sociedad que ha asignado a las mujeres en forma exclusiva las tareas domésticas y de cuidado familiar, y el trabajo reproductivo en la esfera privada, y donde el hombre ha de ser el proveedor económico, estos procesos han generado profundas tensiones en las formas de conciliar el trabajo y la familia que se habían consolidado durante el siglo pasado.

Ese modelo está cambiando. Si antes la familia debía ser el soporte del sistema productivo mediante la división de roles y funciones, hoy esta división se presenta como un obstáculo y una carga para las exigencias de producción individual para el mercado. Esto produce una fuerte tensión entre vida familiar y la vida laboral. Por otra parte, la creciente competitividad de las empresas en mercados cada vez más exigentes ejerce fuertes presiones sobre los empleados que deben contribuir al trabajo y a la vida familiar. Esto también torna más complejo el indispensable desarrollo afectivo de las personas lo que, en gran medida, ocurre en la familia.

El núcleo familiar primario continúa siendo un soporte básico en las relaciones afectivas, en la construcción de la identidad subjetiva, y en la socialización como garantía de los procesos de maduración y desarrollo. La familia suele convertirse en refugio y ser depositaria de la identidad individual y social. Sobre ella se imponen múltiples exigencias adaptativas, y la restricción de las posibilidades de ingreso y permanencia en el mercado laboral formal e informal incide en ella en gran medida.

Los fuertes cambios en las relaciones sociales, familiares y laborales plantean a los empresarios, trabajadores y trabajadoras y gobiernos, la necesidad de construir entornos laborales más humanos y justos, más productivos y competitivos. Actualmente es necesario diseñar políticas públicas que favorezcan la conciliación entre el trabajo y la familia, entre el espacio público y el privado, entre el mundo doméstico y el mundo social, que no reproduzcan la discriminación laboral, las desigualdades de género y que posibiliten la vida familiar. Es indispensable entender la complejidad en la que se van construyendo los vínculos familiares en una sociedad diversificada y desigual.

Los recursos institucionales que proveen de bienestar a las personas son, principalmente, el Estado, el mercado, las propias familias y el tercer sector o la comunidad. Es evidente que la intervención

pública afecta a las decisiones de las familias y, a su vez, las decisiones y la forma de vida de estas inciden de manera significativa sobre las políticas públicas. Una u otra forma de organizar, entre otros aspectos, la política educativa o la política de vivienda afecta a las decisiones de consumo e inversión de las familias.

Existen fuertes interrelaciones entre las decisiones que se toman en las familias y la propia sociedad. Al Estado no le es indiferente que las familias decidan tener menos hijos y que las mujeres decidan acceder al mercado de trabajo, y dividir su tiempo entre el cuidado de sus hijos y de sus mayores y su actividad profesional. Estas y otras decisiones, así como las pautas de comportamiento de las familias, pueden suponer cambios en la demanda de los bienes y servicios públicos, y pueden modificar las políticas públicas en un sentido o en otro. Hay algunos ámbitos especialmente significativos en esta interrelación entre familia y política pública.

En primer lugar, existe consenso sobre la necesidad de políticas familiares cuyo propósito sea ayudar a la conciliación entre la vida familiar y laboral, pues no sólo la igualdad de trato y el derecho de la mujer de acceder al mercado de trabajo son perfectamente legítimos, sino también el derecho de los hijos a ser educados por sus padres y poder compartir con ellos el mayor tiempo posible de su infancia. No existe una instancia que dirima sobre el equilibrio entre el tiempo reservado al trabajo y el consagrado a la educación de los hijos y a la atención de la familia. Se produce una clara concentración temporal del trabajo durante lo que puede denominarse la edad central de trabajo, 25 a 45 años, que coincide con el período más importante para fundar una familia y educar a los hijos.

En segundo lugar, cuando se trata de familia y de políticas de conciliación, no solo se piensa en los hijos sino también en la existencia de personas dependientes en el seno de la familia, sobre todo los ancianos. La población dependiente, según las pirámides poblacionales y el aumento de la esperanza de vida, tiende a crecer. La modificación del equilibrio entre personas jóvenes dependientes y personas mayores dependientes pone de manifiesto la necesidad de una revisión de los apoyos de las políticas públicas destinadas a ayudar a aquellas familias con personas dependientes a cargo, e igualmente, a hacer posible en dichos casos la combinación de familia y trabajo.

En tercer lugar, la dificultad de compatibilizar el desarrollo de la vida profesional con las responsabilidades ha llevado a las familias a la toma de decisiones importantes como retrasar el matrimonio, disminuir la tasa de natalidad, ampliar los años de instrucción y, por lo tanto, retrasar el ingreso a la población activa. En lo que respecta a este último aspecto, en algunos casos la maternidad es uno de los condicionantes por los que la mujer se ve obligada a abandonar la actividad remunerada, sobre todo cuando se acompaña de otros factores como la subsidiariedad del salario femenino, es decir, cuando su ingreso no es el principal en la familia y cuando el empleo femenino es precario e informal. Sin embargo, como se mostró en las secciones precedentes, en la actualidad hay familias biparentales con hijos, que tienen dos o más aportantes económicos al hogar, y ha aumentado la cantidad de hogares monoparentales con jefas, por lo que entran y permanecen en el mercado de trabajo muchas mujeres con hijos e hijas menores, lo que advierte sobre la dificultad de muchas familias para compatibilizar las responsabilidades familiares con las laborales. Las guarderías, los centros de educación infantil y los colegios deberían ser uno de los recursos principales para ayudar a compatibilizar familia y trabajo. Asimismo, las mujeres se ven obligadas a buscar estrategias individuales basadas en la red familiar, que recibe una sobrecarga de responsabilidades.

El conflicto trabajo-familia se da cuando las presiones del medio hacen que trabajo y familia no sean compatibles en algún aspecto (Greenhaus y Beutell, 1985). Existen al menos tres tipos de conflicto al respecto. El primero se da cuando el tiempo utilizado en una de las dos funciones impide destinar tiempo

a la otra. El segundo ocurre cuando se dan altos niveles de tensión en el cumplimiento de uno de los roles, lo que a su vez afecta el desempeño en la otra función. Y el último tiene relación con las conductas requeridas por ambos roles, en situaciones en que existen incompatibilidades entre los comportamientos deseables en los dos ámbitos (Yang y otros, 2000).

También se han estudiado las consecuencias negativas de estos conflictos trabajo-familia. Entre ellas es posible mencionar los mayores riesgos de deterioro de la salud de los padres que trabajan, un mal desempeño en la función parental, la tensión psicológica, la ansiedad, la irritación frecuente, la depresión, el estrés laboral y los diversos problemas psicosomáticos (Frone, Russell y Cooper, 1997). La dificultad derivada de la ejecución de múltiples roles no sólo afecta a las personas, sino también a las empresas. La insatisfacción con el trabajo, el menor desempeño y compromiso con la organización, junto con mayores niveles de ausentismo y rotación, pueden ser efectos derivados de las tensiones provocadas por desempeño simultáneo de los roles laboral y familiar (Greenhaus y Beutell, 1985).

La flexibilidad laboral, promovida en muchos países, que se expresa en la oferta de trabajos a tiempo parcial y temporal, ha sido en la práctica un incentivo para el ingreso o retorno de las mujeres al mercado de trabajo, por cuanto permite combinar las tareas domésticas, en particular el cuidado infantil, con el trabajo remunerado. Representa sin duda un instrumento importante porque permite continuar en contacto con el mercado y las actividades remuneradas. Sin embargo, es necesario cautelar que dicha flexibilidad no agudice desigualdades laborales y domésticas de hombres y mujeres al aumentar las brechas salariales entre este tipo de empleo y los de tiempo completo, ni constituya una forma de precarizar el empleo en general. Por otra parte, la incidencia mayor de este tipo de empleo en las mujeres, evidencia la persistencia de patrones sexistas en relación con las responsabilidades domésticas (Mires, 2004).

Es necesario evaluar con urgencia los modelos de protección y cuidado de la infancia y su compatibilidad con el mercado laboral, así como revisar la flexibilidad laboral, tanto en el uso de horarios como en los permisos de maternidad y paternidad, además de facilitar la flexibilidad cuando se tengan hijos menores. Esta situación adquiere especial importancia en la actualidad. Por un lado plantea desafíos a la previsión y planificación de las políticas públicas respecto del gasto destinado a la creación y ampliación de nuevos servicios de atención a los niños y niñas y personas dependientes. Por otra parte, requiere considerar que la socialización y el cuidado de los hijos no es sólo un tema privado de las familias sino que atañe a toda la sociedad.

Lo anterior permite inferir que existen campos de intervención orientados a la definición e implementación de políticas de conciliación trabajo-familia, a saber: medidas relacionadas con la organización del tiempo de trabajo, entre otras, la flexibilización de horarios y la regulación de la extensión y duración de la jornada, la regulación del trabajo domiciliario y del teletrabajo; servicios de asistencia en labores domésticas, como el apoyo a las necesidades familiares y domésticas, la ampliación de la cobertura a los niños en edad escolar y preescolar mediante centros abiertos, salas cuna y guarderías, la seguridad social y la asistencia domiciliaria para el cuidado de personas dependientes; medidas de asesoramiento y apoyo profesional, como los permisos parentales cuando nacen o hay hijos enfermos, entre otras medidas destinadas a crear las condiciones para que hombres y mujeres puedan cumplir en forma óptima con sus responsabilidades laborales y familiares.

ANEXO

Cuadro IV.1
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN DE LOS HOGARES SEGÚN TIPO,
ZONAS URBANAS, 1990-2002
(En porcentajes)

País	Año	Total hogares	Tipos de hogar								
			Hogares no familiares		Subtotal familias nucleares	Familias nucleares				Otros tipos de familia	
			Hogar unipersonal	Hogar sin núcleo conyugal		Nuclear sin hijos	Nuclear biparental con hijos	Nuclear monoparental jefe hombre	Nuclear monoparental jefe mujer	Extendida	Compuesta
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	100,0	12,5	4,2	69,9	15,5	46,8	1,2	6,4	12,8	0,7
	2002	100,0	15,3	3,9	66,7	14,1	41,7	2,4	8,5	13,5	0,5
Argentina	2002	100,0	14,8	5,1	65,3	12,5	41,0	2,2	9,5	14,4	0,4
Bolivia (8 ciudades principales y El Alto)	1989	100,0	5,5	3,0	72,4	4,2	58,8	1,7	7,7	17,4	1,7
	2002	100,0	8,4	3,9	71,1	5,2	53,2	1,7	11,0	15,8	0,7
Bolivia	2002	100,0	8,7	4,2	69,4	5,1	52,0	1,8	10,5	16,9	0,8
Brasil	1990	100,0	7,9	3,9	71,1	10,0	51,6	1,2	8,4	16,0	1,1
	2002	100,0	9,8	4,0	68,7	10,7	46,5	1,3	10,2	16,7	0,8
Chile	1990	100,0	6,5	4,3	64,4	7,8	47,8	1,2	7,7	23,1	1,7
	2000	100,0	7,9	4,2	64,1	8,4	47,2	1,3	7,3	22,7	1,0
Colombia	1991	100,0	4,8	5,5	64,6	5,3	48,8	1,0	9,6	22,9	2,2
	2002	100,0	8,3	5,3	59,1	6,7	40,1	1,5	10,7	24,8	2,4
Costa Rica	1990	100,0	5,0	5,1	68,5	6,6	51,3	1,0	9,5	19,3	2,2
	2002	100,0	6,8	4,3	68,7	8,5	47,5	1,1	11,7	18,1	2,0
Ecuador	1990	100,0	5,5	4,5	64,1	5,5	50,2	1,5	6,9	23,0	2,8
	2002	100,0	8,7	4,9	61,5	6,2	44,2	2,5	8,5	21,3	3,6
El Salvador	1995	100,0	6,1	6,2	55,0	5,5	38,1	1,2	10,2	30,3	2,4
	2001	100,0	7,8	6,4	54,9	5,7	36,2	1,4	11,6	29,8	1,0
Guatemala	1998	100,0	4,3	4,1	63,3	5,6	46,0	1,3	10,4	26,6	1,8
Honduras	1990	100,0	4,2	5,9	57,0	4,5	41,8	1,2	9,6	27,8	5,0
	2002	100,0	5,1	5,8	55,4	4,3	38,9	1,5	10,7	24,7	8,9
México	1989	100,0	4,6	4,1	71,6	6,3	57,6	1,2	6,4	19,2	0,5
	2002	100,0	6,5	3,2	70,8	8,3	51,7	1,5	9,4	19,0	0,4
Nicaragua	1993	100,0	5,2	4,2	54,5	3,5	40,0	1,4	9,5	34,2	2,0
	2001	100,0	4,1	4,3	53,3	3,7	37,7	1,1	10,8	36,1	2,2
Panamá	1991	100,0	8,4	5,6	60,3	7,0	41,8	1,8	9,7	23,5	2,2
	2002	100,0	9,0	5,6	58,6	8,0	38,6	1,5	10,5	25,6	1,3
Paraguay (Asunción y Departamento Central)	1990	100,0	6,8	3,8	54,6	5,4	42,4	1,3	5,5	26,2	8,6
	2000	100,0	8,0	6,4	55,1	5,8	40,1	1,7	7,6	27,4	3,1
Paraguay	2000	100,0	8,4	5,6	57,0	6,0	41,0	1,4	8,6	25,8	3,2
Perú	2001	100,0	7,6	4,8	58,0	3,8	44,1	2,1	8,0	26,2	3,4
República Dominicana	2002	100,0	9,4	6,8	56,6	7,4	36,4	1,5	11,3	23,3	3,9
Uruguay	1990	100,0	13,9	5,6	64,3	17,0	38,9	1,3	7,2	14,9	1,3
	2002	100,0	17,7	5,4	61,3	16,3	34,8	1,6	8,6	14,7	0,9
Venezuela (República Bolivariana de) ^a	1990	100,0	5,1	5,2	57,0	4,3	43,9	1,3	7,6	30,3	2,4
	2002	100,0	6,8	5,1	56,9	5,2	41,0	1,3	9,4	28,5	2,7
América Latina ^b	1990	100,0	6,7	4,8	63,1	7,2	46,3	1,3	8,4	23,0	2,4
	2002	100,0	8,4	4,8	61,9	7,7	42,8	1,5	9,8	22,8	2,1

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Total nacional.

^b Promedio simple de 16 países.

Cuadro IV.2
**AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TIPOS DE FAMILIAS NUCLEARES Y TRABAJO FEMENINO
 EN ZONAS URBANAS, 1990-2002**
(En porcentajes)

País	Año	Nuclear biparental				Nuclear monoparental			Total
		Sin hijos		Con hijos		Jefatura femenina		Jefatura masculina	
		Cónyuge trabaja	Cónyuge no trabaja	Cónyuge trabaja	Cónyuge no trabaja	Jefa trabaja	Jefa no trabaja		
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	6,4	15,8	23,5	43,4	5,4	3,8	1,7	100,0
	2002	7,5	13,6	26,9	35,5	7,0	5,8	3,6	100,0
Bolivia (8 ciudades Principales)	1989	1,9	3,9	36,2	45,0	7,7	2,9	2,4	100,0
	2002	4,5	2,8	44,7	30,1	12,0	3,4	2,5	100,0
Brasil	1990	5,3	8,7	27,2	45,3	6,4	5,3	1,7	100,0
	2001	7,0	8,5	32,3	35,4	8,5	6,4	1,9	100,0
Chile	1990	3,3	8,8	20,5	53,6	5,5	6,4	1,8	100,0
	2000	4,5	8,5	28,0	45,5	6,7	4,7	2,0	100,0
Colombia	1991	3,4	4,8	28,4	47,0	8,9	6,0	1,6	100,0
	2002	5,2	6,2	32,8	35,1	11,4	6,7	2,5	100,0
Costa Rica	1990	2,8	6,8	22,8	52,2	7,6	6,3	1,5	100,0
	2002	4,7	7,8	29,4	39,6	11,0	6,0	1,5	100,0
Ecuador	1990	3,2	5,4	29,8	48,5	7,1	3,7	2,4	100,0
	2002	4,6	6,0	33,3	38,3	10,0	3,7	4,1	100,0
El Salvador	1995	4,7	5,3	34,7	34,5	12,6	5,9	2,2	100,0
	2001	4,5	5,9	35,2	30,7	13,9	7,3	2,5	100,0
Guatemala	1998	3,8	5,1	39,4	33,3	10,6	5,8	2,1	100,0
Honduras	1990	2,6	5,3	25,7	47,6	11,0	5,7	2,0	100,0
	2002	3,5	4,4	30,3	39,8	12,8	6,4	2,7	100,0
México	1989	2,4	6,4	20,7	59,8	5,3	3,6	1,7	100,0
	2002	4,8	6,9	28,9	44,0	9,0	4,3	2,1	100,0
Nicaragua	1993	3,2	3,3	31,0	42,4	12,3	5,1	2,6	100,0
	2001	4,4	2,6	35,2	35,6	14,5	5,6	2,1	100,0
Panamá	1991	3,1	8,6	23,3	45,9	8,5	7,5	3,0	100,0
	2002	5,5	8,1	30,0	35,8	10,3	7,6	2,6	100,0
Paraguay (Asunción y Departamento Central)	1990	3,4	6,3	32,6	45,1	5,6	4,6	2,4	100,0
	2000	6,8	3,7	37,6	35,0	8,5	5,4	3,0	100,0
Perú	2001	3,0	3,5	42,1	33,9	9,5	4,3	3,6	100,0
República Dominicana	2002	5,6	7,4	27,9	36,3	11,1	8,9	2,6	100,0
Uruguay	1990	7,7	18,8	27,4	32,9	5,6	5,6	2,0	100,0
	2002	8,3	18,4	28,6	28,2	7,5	6,5	2,6	100,0
Venezuela (República Bolivariana de) ^a	1990	2,5	5,1	24,5	52,4	7,2	6,0	2,2	100,0
	2002	4,3	4,9	34,5	37,5	10,7	5,8	2,3	100,0
América Latina^b	1990	3,8	7,5	27,0	46,2	8,0	5,4	2,1	100,0
	2002	5,3	7,1	32,9	36,2	10,3	5,7	2,5	100,0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Total nacional.

^b Promedio simple de 16 países.

Cuadro IV.3
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN DE LAS FAMILIAS SEGÚN LA ETAPA DEL CICLO VITAL FAMILIAR, ZONAS URBANAS, 1990-2002
(En porcentajes)

País	Año	Total hogares	Hogares no familiares	Subtotal familias	Etapa del ciclo de vida familiar						
					Pareja joven sin hijos	Etapa inicial	Etapa de expansión	Etapa de consolidación	Etapa de salida	Pareja mayor sin hijos	
<i>(Porcentaje del total de hogares)</i>					<i>(Porcentaje del total de familias)</i>						
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	100,0	16,6	83,4	100,0	4,3	11,7	17,4	29,0	21,0	16,6
	2002	100,0	19,3	80,7	100,0	5,2	10,8	14,6	29,9	25,1	14,4
Argentina	2002	100,0	19,9	80,1	100,0	4,4	10,6	15,1	31,5	25,3	13,0
Bolivia (8 ciudades principales y El Alto)	1989	100,0	8,5	91,5	100,0	2,2	15,3	25,5	40,2	12,7	4,0
	2002	100,0	12,3	87,7	100,0	2,4	15,5	22,3	41,2	14,0	4,7
Bolivia	2002	100,0	12,9	87,1	100,0	2,3	15,1	22,7	41,2	13,9	4,7
Brasil	1990	100,0	11,8	88,3	100,0	5,9	15,9	21,8	33,5	15,8	7,2
	2002	100,0	13,8	86,2	100,0	6,0	13,5	19,0	32,5	20,5	8,4
Chile	1990	100,0	10,9	89,1	100,0	2,8	13,0	18,0	33,5	24,9	7,8
	2000	100,0	12,1	87,9	100,0	2,9	9,1	18,7	34,8	25,7	8,9
Colombia	1991	100,0	10,2	89,8	100,0	4,0	15,4	21,3	35,5	20,1	3,7
	2002	100,0	13,6	86,4	100,0	4,0	11,3	18,7	34,0	25,7	6,4
Costa Rica	1990	100,0	10,1	89,9	100,0	3,8	14,2	20,6	35,9	19,9	5,6
	2002	100,0	11,1	88,8	100,0	3,9	10,0	17,4	38,7	22,3	7,7
Ecuador	1990	100,0	10,1	89,9	100,0	3,9	14,9	22,7	37,9	15,5	5,1
	2002	100,0	13,6	86,4	100,0	3,8	13,2	20,3	37,0	19,2	6,5
El Salvador	1995	100,0	12,2	87,8	100,0	3,9	13,1	17,8	37,0	21,9	6,4
	2001	100,0	14,3	85,7	100,0	3,1	11,4	17,0	32,5	29,2	6,8
Guatemala	1998	100,0	8,3	91,7	100,0	2,1	10,1	20,7	40,9	20,4	5,9
Honduras	1990	100,0	10,2	89,8	100,0	3,9	16,1	22,9	41,4	12,7	3,0
	2002	100,0	10,9	89,1	100,0	3,4	18,0	20,3	37,4	16,5	4,4
México	1989	100,0	8,7	91,3	100,0	4,2	14,8	21,4	41,7	13,8	4,2
	2002	100,0	9,8	90,2	100,0	3,4	11,7	19,1	35,9	23,1	6,8
Nicaragua	1993	100,0	9,4	90,6	100,0	3,2	13,0	22,6	39,8	18,4	3,0
	2001	100,0	8,4	91,6	100,0	2,5	9,3	18,7	43,8	22,0	3,8
Panamá	1991	100,0	14,0	86,0	100,0	3,5	10,4	18,5	38,1	22,5	7,0
	2002	100,0	14,5	85,5	100,0	4,3	11,7	17,5	32,3	26,5	7,5
Paraguay (Asunción y Departamento Central)	1990	100,0	10,6	89,4	100,0	4,7	12,4	18,5	36,0	22,2	6,1
	2000	100,0	14,4	85,6	100,0	3,0	12,5	16,4	39,5	23,6	4,8
Paraguay	2000	100,0	14,0	85,9	100,0	3,6	13,1	19,4	39,5	18,8	5,6
Perú	2001	100,0	12,4	87,6	100,0	1,6	10,9	18,6	40,0	24,4	4,6
República Dominicana	2002	100,0	16,2	83,8	100,0	4,9	14,5	19,5	29,2	24,3	7,5
Uruguay	1990	100,0	19,5	80,5	100,0	4,0	8,1	15,3	28,8	23,6	20,2
	2002	100,0	23,1	76,9	100,0	4,0	7,5	13,7	27,7	27,2	19,9
Venezuela (Rep. Bolivariana de) ^a	1990	100,0	10,3	89,7	100,0	2,8	12,2	21,3	41,2	18,4	4,1
	2002	100,0	11,8	88,2	100,0	3,3	11,1	20,0	37,8	23,0	4,9
América Latina^b	1990	100,0	11,5	88,5	100,0	4,1	13,3	22,3	35,7	18,1	6,5
	2002	100,0	13,2	86,8	100,0	3,6	11,7	18,4	36,0	22,8	7,6

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Total nacional.

^b Promedio simple de 16 países.

Cuadro IV.4
**AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA POBREZA ENTRE LOS HOGARES
 SEGÚN TIPO, ZONAS URBANAS, 1990-2002**
(En porcentajes)

País	Año	Total hogares	Tipos de hogar								
			Hogares no familiares		Subtotal familias nucleares	Familias nucleares				Otros tipos de familia	
			Hogar unipersonal	Hogar sin núcleo conyugal		Nuclear sin hijos	Nuclear biparental con hijos	Nuclear monoparental jefe hombre	Nuclear monoparental jefe mujer	Extendida	Compuesta
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	16,2	1,6	11,7	18,2	17,0	18,9	8,1	18,0	20,3	23,8
	2002	31,6	10,8	16,6	33,5	16,0	38,9	26,5	38,2	49,3	48,9
Argentina	2002	34,9	11,0	25,0	37,1	17,6	41,9	27,6	44,5	52,8	51,3
Bolivia (8 ciudades principales y El Alto)	1989	49,4	39,0	46,6	50,3	46,5	50,0	52,1	54,5	51,6	24,3
	2002	42,5	18,0	30,4	46,4	14,6	51,2	45,6	38,2	41,9	27,0
Bolivia	2002	44,9	20,1	31,4	48,7	17,3	53,3	42,6	42,2	45,8	30,2
Brasil	1990	37,5	31,6	32,3	37,1	23,3	38,1	33,6	48,0	43,6	33,3
	2002	27,4	8,6	17,1	29,1	10,2	32,9	22,5	32,5	33,7	30,9
Chile	1990	33,3	12,1	22,6	34,8	11,4	38,4	19,6	38,3	37,4	28,0
	2000	16,2	4,0	7,8	16,9	3,8	18,9	8,0	21,0	19,6	19,6
Colombia	1991	47,1	23,3	32,8	48,4	23,4	51,5	26,4	48,9	51,5	50,4
	2002	44,6	28,1	31,0	45,6	26,0	49,5	28,6	45,8	50,1	50,3
Costa Rica	1990	22,2	25,4	15,3	21,1	17,2	20,7	22,1	25,6	27,9	15,1
	2002	15,9	18,4	20,1	14,3	11,2	13,3	7,1	21,3	20,1	13,8
Ecuador	1990	55,8	24,8	45,0	56,6	33,3	58,9	43,2	61,6	63,3	55,5
	2002	42,7	20,6	35,5	41,7	23,8	43,8	28,4	48,2	54,9	49,7
El Salvador	1995	40,0	24,6	39,3	38,0	22,8	40,6	37,6	36,4	46,5	47,3
	2001	34,7	21,7	33,5	34,2	23,9	34,7	34,8	37,8	39,2	39,4
Guatemala	1998	41,2	15,7	21,2	40,3	19,2	44,4	30,7	34,8	51,0	36,8
Honduras	1990	64,5	23,0	64,4	65,9	40,1	66,1	61,4	77,5	69,7	55,8
	2002	60,4	29,2	47,8	61,8	41,3	64,2	54,0	62,2	67,6	58,5
México	1989	34,0	6,1	21,2	33,5	12,7	36,6	23,0	27,9	45,6	38,0
	2002	26,0	5,3	21,5	25,5	11,1	28,0	5,4	27,3	35,8	33,2
Nicaragua	1993	60,3	35,4	56,3	59,7	40,7	60,3	66,5	63,0	66,1	48,5
	2001	57,8	35,0	47,3	55,8	25,0	57,2	48,5	62,4	63,9	71,2
Panamá	1991	33,6	21,8	23,8	34,6	14,9	35,8	31,3	44,2	37,8	34,2
	2002	21,4	13,5	15,2	23,1	10,4	22,9	17,9	34,0	22,2	16,1
Paraguay (Asunción y Departamento Central)	1990	36,8	23,6	32,5	37,9	25,9	40,0	7,8	41,0	37,5	39,7
	2000	35,0	8,6	22,0	36,3	25,8	38,5	43,5	31,0	42,8	39,1
Paraguay	2000	42,4	16,5	26,2	44,1	27,9	46,4	42,8	44,9	50,4	44,9
Perú	2001	34,0	7,2	23,4	34,6	16,9	37,5	18,9	31,4	42,2	36,1
República Dominicana	2002	38,4	27,0	45,3	37,3	19,8	35,1	37,6	55,9	43,5	39,8
Uruguay	1990	11,8	1,9	8,9	12,4	2,0	16,5	9,1	15,5	18,9	20,1
	2002	9,3	0,4	4,9	10,4	1,7	14,4	7,2	11,5	16,0	24,3
Venezuela (Rep. Bolivariana de) ^a	1990	34,2	5,8	36,8	34,6	21,2	33,9	22,3	48,2	38,0	30,4
	2002	43,3	27,5	39,6	44,3	23,8	45,8	35,3	50,1	46,2	39,6
América Latina ^b	1990	38,9	20,1	32,7	39,5	23,7	41,1	31,4	43,8	44,0	35,6
	2002	34,4	16,6	25,7	35,0	18,0	37,4	27,8	37,3	40,9	37,4

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

^a Total nacional.

^b Promedio simple de 16 países.